



*Seduciendo
al diablo*

Olivia Kiss

Seduciendo al diablo

Serie Seduciendo #1

Sinopsis

Todo parece apuntar a que Sophie Thomson terminará casándose con el duque de Wellington, el mejor candidato de la temporada. Sin embargo, durante un baile de máscaras, Sophie conoce a Jack Gallard o, como toda la ciudad lo llama, el mismísimo diablo. Un hombre poco respetable, de sonrisa seductora y mirada intensa que le enseñará que, a veces, correr riesgos vale la pena. Y más si esos riesgos tienen mucho que ver con el deseo por lo prohibido, el amor y la felicidad. ¿Conseguirá Sophie seducir al diablo...?

1

Sophie sabía que lo más sensato era casarse con el duque de Wellington, pero cada vez que pensaba en ello se sentía como si tuviese una piedra molesta metida dentro del zapato. Sin razón, además. El Duque, Samuel Wellington, era un hombre apuesto, rubio, de brillantes ojos azules y sonrisa seductora que atraía las miradas de todas las mujeres cada vez que entraba en una sala. La propia Sophie era incapaz de apartar los ojos de él y reconocía su atractivo, pero en las pocas ocasiones en las que habían tenido la oportunidad de hablar, se sentía como si estuviese manteniendo una conversación con su hermano mayor. No se ponía nerviosa ni mucho menos se sonrojaba. No le entraban ganas de coquetear con él. Sin embargo, su madre le había asegurado que los mejores matrimonios eran los que nacían de una bonita y tranquila amistad y ella estaba segura de que podía conseguir eso con Samuel.

Pero... no podía evitar desear más.

Sabía que la mitad de las damas de Londres se esmeraban por conseguir la atención del duque y que, tal como le decía a menudo su hermana pequeña, debería sentirse más que satisfecha por haber logrado que la invitase a salir en dos ocasiones a dar un paseo en su coche de caballos. Sin embargo, no se le daba bien fingir. Mucho menos delante de Anne.

—¡Estás preciosa esta noche, Sophie! —exclamó entusiasmada.

Ella frunció el ceño mientras se miraba en el espejo y su hermana revoloteaba a su alrededor. Anne no sería presentada en temporada hasta el próximo año y parecía vivir la experiencia de ir a la caza de un marido a

través de Sophie, que, por lo contrario, no podía decirse que estuviese muy entusiasmada ante esa idea.

—¿Segura? No sé si el verde es el color que más me favorece.

—Resalta tu tono claro de piel y tus ojos azules —dijo Anne.

—Si tú lo dices... —Suspiró—. Debería empolvarme la nariz.

Haciendo caso omiso a las insistencias de su doncella, quiso arreglarse ella misma mientras su hermana pequeña la miraba con cierta envidia. A decir verdad, Anne solo tenía tres años menos que ella, y aunque se adoraban, eran completamente diferentes. Mientras que a Sophie le gustaban las emociones fuertes, las aventuras y los desafíos, Anne prefería la seguridad y soñaba con un encontrar a un príncipe encantador a lomos de un caballo blanco, por mucho que su madre, la señora Thomson, se empañase en bajarlas de las nubes y asegurarles que un matrimonio por amor era una idea propia de niñas con demasiados pájaros en la cabeza.

—Ojalá pudiese acompañarte a ese baile de máscaras —protestó Anne.

—Algún día, la próxima temporada... —empezó a decir Sophie.

—Pero si todo sale bien para entonces ya estarás casada y todo será diferente.

—¿Quién sabe? Puede que aún me quede otro año más.

—Eso es imposible, Sophie. El duque está loco por ti.

—Yo no diría tanto —replicó poniéndose los guantes.

—Estoy segura de que te habrá pedido matrimonio antes de que termine la temporada. Ya lo verás. Y el año que viene acudirás cogida de su brazo a todas las fiestas.

Sophie arrugó la frente y no contestó, porque no sabía demasiado bien qué decir. Puede que, por desgracia, su hermana tuviese razón. Salió de casa con su madre y montó en el coche de caballos de la familia. Los Thomson tenían prestigio y fortuna, dos cualidades muy valoradas en la ciudad, razón por la

que su madre quería que ese año Sophie encontrase a un buen partido, se casase y tuviese descendencia. Y desde luego Samuel era el mejor aspirante que había en todo Londres. Según solía decir la señora Thomson, juntos tendrían unos hijos adorables, de cabellos rubios y ojos azules, aspectos físicos que ambos compartían. Serían la envidia del mundo entero cuando se paseasen por los salones juntos y recibirían cientos de invitaciones para asistir a fiestas, encuentros y, en su caso, tomar el té por las tardes.

De modo que, en teoría, Sophie debería sentirse emocionada. El duque era joven, guapo y simpático. Inteligente y audaz, también. Así pues, ¿por qué notaba un agujero en el pecho que cada día le resultaba más difícil ignorar? No podía mirar hacia otro lado: estaba ahí.

Reprimió un suspiro cuando llegó a su destino. Con cuidado para no ensuciar el vestido al salir, avanzó y subió la escalinata que conducía hacia la casa de los Haton, que aquella noche daban una fiesta de máscaras. Antes de cruzar las puertas del vestíbulo, se colocó bien la máscara que había comprado en el centro de la ciudad la semana anterior acompañada por su madre y su hermana. Era de tela satinada verde intenso como el vestido, tenía plumas pequeñas en un lateral y le tapaba tan solo la mitad del rostro. Al ponérsela, se sintió extrañamente segura, como si de repente dejase de ser ella misma, la correcta señorita Sophie Thomson que tenía que contentar a sus padres y asegurar el legado familiar.

Sonrió mientras recorría con la vista el gran salón. Unos músicos tocaban a un lado, bajo el gran ventanal, y todo el mundo conversaba cerca de las mesas donde servían algo de comida y bebida. Algunas mujeres llevaban máscaras extravagantes, repletas de plumas y pedrería hasta el punto de parecer casi pavos reales. Ellos, por contrario, usaban en su mayoría máscaras sencillas y oscuras, similares a sus propios atuendos.

Su madre la instó a adentrarse entre la gente.

—Venga, Sophie, quizá el duque ya haya llegado.

Ella se contuvo para no poner los ojos en blanco. Su madre solo parecía saber decir dos palabras: *duque* y *Samuel*. Desde que había empezado la temporada y él se había mostrado interesado en ella, era el único tema del que la señora Thomson parecía querer hablar.

—No me lo puedo creer... —empezó a decir su madre—, los Haton han invitado a toda la calaña de Londres. ¿En qué estarían pensando? Un montón de comerciantes dispuestos a ensuciar esta ciudad y todo el prestigio que durante años...

Sophie inspiró hondo y dejó de escuchar a su madre.

Siempre era la misma cantinela. Desde hacía unos años el comercio se había impulsado en Londres y, no solo eso, sino también la industria. Muchos de los dueños de esas empresas eran nuevos ricos, hombres sin título que se habían labrado un futuro a base de esfuerzo, intuición y buenas ideas. Por ello, los ciudadanos acostumbrados a mantener sus riquezas tan solo por disponer de un título se habían visto amenazados. Entre ellos, los Thomson, su propia familia. Sophie, por el contrario, pensaba que era de lo más interesante que una persona pudiese decidir y forjar su destino sin importar dónde hubiese nacido o bajo qué circunstancias. Daba igual si era un bastardo o un irlandés, por ejemplo; actualmente, muchos de esos hombres que se habían asentado en la ciudad eran inmensamente ricos a pesar de su procedencia. Regentaban clubs de juego, comercios y mucho más.

—No veo al duque por ninguna parte... —protestó su madre.

—Ya aparecerá —repuso Sophie casi contenta por ello.

—Pero mientras tanto te invitarán a bailar...

—Podré soportarlo —atajó ella molesta.

En efecto, tal como su madre imaginaba, pronto su cartilla estaba llena de pretendientes y se vio atrapada en un baile tras otro acompañada por hombres

poco interesantes. Al principio se divirtió puesto que, al igual que su hermana, le encantaba bailar. Sin embargo, cuando llevaba una media hora en pie, empezó a notar que los zapatos le hacían daño y que ya no tenía tantas ganas de seguir conversando sobre el clima o cualquier otra tontería.

Con las manos sobre los hombros de aquel joven que hablaba sobre los beneficios de la lluvia habitual de Londres, Sophie se ausentó de aquel momento y clavó su mirada en el fondo de la sala. Y entonces fue cuando lo vio. No sabía quién era. No lo reconoció. Pero era imposible no fijarse en él. Estaba situado al fondo, con una copa en la mano y los labios fruncidos en una sonrisa que podría parecer cortés, pero que a Sophie le resultó peligrosa y seductora, como si quisiese gritarle todo el mundo que no le importaba lo que pensasen de él.

—Así que para el cultivo de...

—¿Me disculpas? —Lo cortó.

—Claro, señorita Thomson.

—Voy a ir a por algo de beber.

El chico la soltó e inclinó la cabeza en señal de aceptación antes de que Sophie se alejase de él y se acercase hacia las mesas. Aunque disimuló sirviéndose una bebida, no pudo apartar los ojos de aquel hombre que parecía ajeno a todo lo que le rodeaba. Su aspecto era impecable, con el cuello vuelto y la ropa ajustada a su cuerpo. La sonrisa seguía fija en sus labios, imperturbable. Pero su mirada... su mirada se movía por toda la sala sin tregua, como si analizase a cada uno de los presentes sin demasiado interés...

Hasta que se clavó en ella.

Sophie sintió que el corazón le latía más rápido de inmediato. No pudo evitar ruborizarse y eso que estaban separados por varios metros de distancia. Se llevó la bebida a los labios y el líquido fresco le alivió la garganta, que de repente parecía casi cerrada.

El muy desvergonzado no se dignó a apartar la vista.

De modo que ella fue tan desvergonzada como él y tampoco lo hizo.

¿Qué pensaría su madre si supiese que estaba mirando a un hombre de esa forma? Porque no era, desde luego, como miraba a todos aquellos que habían bailado con ella esa noche. Ni como lo hacía con el duque, que, por cierto, no había aparecido. Era distinto. Muchísimo más intenso, como si él la estuviese tocando con los ojos o desnudándola.

La sonrisa del hombre se acentuó y después se dio media vuelta y se alejó por las puertas que daban a un balcón privado. Ella tembló. No solo por la sonrisa que él le había dirigido, sino por el impulso que sintió de seguirlo. Sabía que eso no era propio de una señorita y que lo último que debía hacer era alejarse del baile, pero antes de que pudiese enumerar todas las razones por las que aquello era incorrecto, sus pies avanzaron solos por el suelo de mármol de la sala y cruzaron las puertas acristaladas que daban a la terraza.

Él estaba allí, a un lado, alejado de la vista de todos.

Tenía un codo apoyado en la baranda y los ojos fijos en la luna redonda e inmensa mientras le daba un sorbo tras otro a su copa. La miró por encima del hombro al escuchar sus pasos.

—Una chica traviesa... —susurró sonriendo.

Sophie se estremeció al escuchar su voz por primera vez. Era deliciosa. Suave como la miel, pero, al mismo tiempo, también astuta y ronca, con mucha fuerza.

—Lo siento, será mejor que me vaya.

Fue como si acabasen de darle un golpe y despertarse de repente. ¿Qué estaba haciendo allí en una terraza con un completo desconocido en medio de un baile de máscaras? Se dio la vuelta, agitada, pero antes de que pudiese marcharse, él la sujetó por el codo.

Ni siquiera le rozó la piel por culpa de los largos guantes, pero lo sintió en

todas partes, como si sus dedos despertasen todas las terminaciones nerviosas. Respiró agitada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—¿Cómo te llamas tú? —replicó.

Eso pareció hacerle mucha gracia.

—Te lo diré si me prometes que no saldrás corriendo. Pero antes lo harás tú. Yo he preguntado primero —se adelantó cuando ella fue a protestar.

—Me llamo Sophie Thomson.

—Una Thomson —dijo entre dientes.

—¿Algún problema con eso?

—Ninguno. Solo... me sorprende.

—¿Por qué? —Lo miró desafiante.

—Pensaba que los Thomson eran una familia de prestigio que alardeaba por sus modales impecables. No imaginaba que una de sus hijas se escabulliría de un baile para encontrarse con un desconocido.

—Yo solo quería tomar el aire —mintió.

—Tienes un fascinante sentido del humor.

—Ahora tú. Tu nombre. Me lo has prometido.

—No te lo he prometido —puntualizó él—, la próxima vez asegúrate de ello cuando hables con alguien que no conozcas o, todavía mejor, no confíes en las promesas.

—¿Eso significa que no vas a decírmelo?

El hombre curvó su sonrisa. Sophie nunca se había fijado tanto en unos labios como hasta en ese momento, pero los suyos eran suaves y apetecibles y, por primera vez en toda su vida, se preguntó a qué sabrían. Quizá a la copa que se acababa de terminar de un trago, pensó. La cuestión era que tenían algo hipnótico, igual que sus ojos, que eran de un negro tan oscuro que casi resultaba imposible distinguir el iris de la pupila. Y eran abrasadores.

Sobre todo, cuando se inclinó peligrosamente hacia ella.

—Me llamo Jack Gallard —susurró bajito en su oído.

Sophie se estremeció al escuchar su nombre.

Jack. Jack Gallard. El mismísimo diablo.

2

Jack la contempló ensimismado mientras ella parecía asimilar la noticia que acababa de darle, porque, con total probabilidad, esa chica de aspecto delicado y frágil, no imaginaba que se encontraba ante uno de los hombres con peor fama de todo Londres.

Él era muy consciente de ello. Casi demasiado.

Sabía lo que la mitad de los asistentes a esa fiesta pensaban de él, pero le importaba bien poco. O eso se repetía a sí mismo constantemente. Ahora que era rico, ahora que por fin tenía poder, ahora que había logrado estar en lo más alto... no dejaría que nadie volviese a pisotearlo. Había aprendido a base de palos que su orgullo era lo más valioso que tenía.

Pero, a pesar de su seguridad, no pudo evitar sorprenderse cuando Sophie alzó la vista hacia él con el ceño aún arrugado de una manera deliciosa, como si estuviese meditando seriamente la situación. Él esperó pacientemente. No vaciló ni dio un paso atrás.

—No sabía que a alguien como tú le interesasen los bailes de máscaras.

—Debo suponer, entonces, que sabes quién soy.

—Todo el mundo sabe quién eres —dijo ella.

Le dejó algo pasmado su arranque de valentía.

—¿Y no te preocupa estar aquí, a solas, conmigo? Apuesto a que has oído los rumores que corren sobre mí —ronroneó cerca de ella. No sabía si quería asustarla por su propio bien, para que se alejase de él, o porque necesitaba ponerla a prueba.

Vio que Sophie dudaba durante un segundo y alzó la mano para colocarse tras la oreja un mechón de cabello rubio y rizado. Por un instante, él deseó

poder haber hecho ese mismo gesto tan solo para adivinar el tacto sedoso que prometía su cabello y ese pensamiento lo desconcertó. ¿Desde cuándo le importaba si una mujer tenía el pelo suave o áspero? Lo único por lo que Jack se preocupaba era por lo que escondían bajo sus corsés y esas faldas tan poco cómodas que a menudo terminaban convirtiéndose en un incordio para sus intenciones.

Pero la muchacha que tenía delante era deliciosa como un pastel de crema. Tenía los labios rosados y con la forma de un corazón, la nariz pequeña y con algunas pecas, el cabello dorado recogido en lo alto de la cabeza y unos ojos azules despiertos que lo miraban con curiosidad, como no lo había mirado nadie desde hacía mucho tiempo. Jack estaba acostumbrado a que las mujeres lo observasen con deseo, pero no de aquella forma, como si intentasen ver algo más en su interior que, por supuesto, no existía.

Por eso era conocido como el mismo diablo.

En parte, Jack entendía que lo considerasen como tal, aunque por supuesto los rumores exageraban. Pero sí, era cierto que había llevado una vida llena de mujeres, juego en el club del que era socio y todo tipo de comportamientos inapropiados que a él normalmente le resultaban de lo más divertidos. Lástima que la sociedad no pensase lo mismo.

—Supongo que no estaría bien visto, no —contestó ella.

—Imagino que tienes una reputación intachable.

—Imaginas bien —admitió Sophie mirándolo.

—Y sin embargo sigues aquí. Me pregunto por qué.

Vio que Sophie dudaba. Jack deseó alargar la mano y acariciar esos labios entreabiertos que no se decían a decir la siguiente palabra. Llevaba un buen rato aburrido en medio del salón cuando la había visto mientras se servía la bebida. A decir verdad, él no tenía pensado acudir a esa fiesta y casi nunca se dejaba ver por aquel tipo de ambientes porque sabía que no era bien recibido,

a pesar de que los anfitriones sí solían frecuentar su club de juego, lo que resultaba irónico. Pero aquel día había acudido por culpa de una apuesta. La había perdido contra Sebastian, su mejor amigo. Al parecer había pensado que sería de lo más divertido ir juntos a aquella fiesta tan solo para poder escandalizar a todas las gentes de bien de la ciudad y Jack debía reconocer que tenía algo de razón.

Pero no esperaba encontrarse allí con alguien como Sophie.

Era todo lo contrario a las mujeres que él solía frecuentar. Delicada, de semblante altivo, mirada brillante y facciones clásicas que se distinguían a la perfección a pesar de esa pequeña máscara que le cubría un trocito de la mejilla derecha y el ojo. Casi parecía una muñeca de porcelana que él podía romper si osaba tocarla. Y, sin embargo, deseaba hacerlo. Vaya si lo deseaba. Llevaba conteniéndose desde que sus ojos se habían cruzado con los de ella.

En aquel momento, se había alejado hasta la terraza porque temió hacer alguna tontería delante de todos los presentes; como acercarse hasta una dama como ella y pedirle un baile, por ejemplo, algo que desde luego haría poner el grito en el cielo a la mitad de la sala.

Y, maldita fuese, ella lo había seguido hasta allí.

Eso sí que no se lo había esperado, por mucho que fingiese todo lo contrario delante de ella. La chica tenía algo que lo desconcertaba. Para empezar, ¿por qué seguía allí hablando con él después de haberle dicho quién era? Aunque le había hecho prometer que no se marcharía, en el fondo Jack esperaba que diese media vuelta y entrase corriendo en el salón.

—¿No piensas contestar? —insistió cuando el silencio fue denso.

—No tengo una respuesta. No sé por que estoy aquí. —La vio acariciar el borde de la barandilla con los dedos envueltos en los finos guantes—. Supongo que estaba un poco agobiada ahí dentro. Hace mucho calor, ¿no crees? —preguntó agitada.

—Yo más bien diría que la noche es fresca.

Aunque ella no mentía, parecía sofocada. Y la sensación aumentó cuando él dio un paso al frente y se acercó más hasta Sophie, casi rozando su costado. Ella bajó la mirada.

—¿Son ciertos todos los rumores sobre ti? —le preguntó.

—No veo muy justo contestar a eso sin recibir algo a cambio.

—¿A qué te refieres? —Volvió a alzar la vista, esta vez un poco vacilante como si temiese su proximidad, aunque al mismo tiempo no parecía dispuesta a marcharse.

—Una respuesta por una respuesta, Sophie.

—Es razonable —opinó ella—. Tú primero.

—Mi respuesta es sí. Sí que son ciertos los rumores. Así que probablemente si ahora mismo alguien te encontrase aquí conmigo podría llegar a pensar que te he quitado la inocencia aquí mismo, frente a esta barandilla —dijo apoyando el brazo junto al suyo y colándose tras ella.

Jack esperaba que ella se mostrase escandalizada.

Pero de nuevo Sophie lo pilló por sorpresa.

—¿Aquí mismo? —Arrugó el ceño—. Eso es imposible. ¿Cómo...? No hay una cama.

Él no pudo evitar soltar una risotada que a ella pareció enfurecerle.

—Bendita inocencia. ¿Piensas que para hacer eso es necesario una cama?

—Eso he oído decir a los criados. —Alzó el mentón con orgullo.

—Pues no te han informado bien, querida Sophie. Créeme, no sería mi primera vez. Ahora mismo podría levantarte la falda y hacerte mía en cualquier lugar de esta terraza; contra la barandilla, contra la pared, en el mismo suelo...

—Vaya... —Ella lo miró impresionada.

—¿Eso no debería escandalizarte?

Jack alzó una ceja, alucinado. ¿De dónde había salido esa dama de buena familia que parecía sentir más curiosidad que vergüenza por aquella conversación? Todo en su aspecto físico gritaba que era una chica de alta alcurnia, de esas destinadas a casarse con todo un caballero y a llevar una vida tranquila y sin sobresaltos. Pero allí estaba, mirándolo sin parpadear como si él fuese todo un descubrimiento de lo más insólito.

—Supongo que sí —respondió ella—. Ahora tú. Una pregunta.

Él se lo pensó bien. Se frotó la barbilla sin dejar de mirarla.

—Imagina que pudieses ser invisible y hacer cualquier cosa que te apeteciese sin consecuencias, ¿qué elegirías? No hay límites, Sophie.

—Qué pregunta más poco convencional para una primera conversación.

—Me gusta salirme de lo políticamente correcto.

—Hmmm, en ese caso... —Dudó unos segundos—. Supongo que haría algo inapropiado, sí. Como colarme en un club de juego de caballeros, por ejemplo.

—Buena elección. Al menos, divertida.

—Cierto. No suelo divertirme a menudo. No me malinterpretes, es agradable tomar té con pastas por las tardes con las demás mujeres, pero imagino que no tiene nada que ver.

—Imaginas bien —respondió él algo tenso.

—Solo hablan de vestidos y fiestas, esas cosas.

—¿Acaso no son asuntos de tu interés?

—Admito que me gustan los vestidos bonitos. —Se mordió el labio inferior si ser consciente del deseo que ese gesto despertaba en él—. ¿Pero es necesario debatir durante horas sobre si un lazo verde menta combinaría con uno amarillo limón?

Jack reprimió una sonrisa y la miró con los ojos brillantes.

—En mi modesta opinión, evidentemente no.

—Eso pensaba —asintió Sophie con la cabeza.

—¿Y a qué conclusión llegaron? ¿Combinaría?

La risa suave de la joven pareció colarse dentro de él.

—Sinceramente, a mí me parece algo monótono. Y no me gusta especialmente el color amarillo, claro, está visto que no me favorece. Contrasta poco con mi pelo.

—Cierto. —La imaginó vestida con un rojo intenso.

El deseo se arremolinó bajo su estómago y aumentó.

—Hasta tú que eres un hombre lo cree. Bien, pues llevo semanas discutiendo con mi madre sobre este asunto, porque está empeñada en que me confeccionen un traje amarillo pálido.

—Te iría mejor un color más intenso.

—¿Te das cuenta de que estamos manteniendo la misma conversación de las reuniones del té que tanto me quejaba? Tiene su gracia. —Volvió a reírse como una niña.

Jack carraspeó, incómodo. Era cierto. ¿Qué demonios hacía él ahí hablando de vestidos con una joven dama? Hasta su mejor amigo y socio tendría que verlo con sus propios ojos para creérselo. Sacudió la cabeza. Estaba empezando a ponerse nervioso ante aquella situación tan insólita. Era verdad que su reputación no podía ser peor y de repente la idea de mancillar la de ella ya no le parecía tan divertida. La chica era guapa e inteligente, no merecía terminar siendo una paria social por su culpa, tan solo por estar un rato charlando con él en aquel balcón. El silencio entre ellos se volvió de repente palpable y largo.

—Entonces... —Ella lo miró de reojo, con las bonitas mejillas sonrosadas—. ¿De verdad es posible hacerlo contra una pared? ¿Cómo... cómo se supone que...?

¡Santo Dios! Y ahora retomaba justo ese tema...

—Deberías marcharte ya, Sophie —la cortó él.

—Pero... ¿por qué...? Estamos hablando.

—Sí, estamos hablando y como sigamos haciéndolo mucho más y sobre ese tema terminarás, en efecto, contra esa pared. Y después me sentiré culpable por haberte arruinado la vida, así que... por lo que más quieras, márchate ya —gruñó.

Vio que ella dudaba unos segundos, pero al final se alejó de la barandilla del balcón y desapareció de su vista. Jack se quedó allí un rato más, intentando calmarse. Sentía su erección palpitando con fuerza, sus músculos tensos por lo mucho que se había contenido para no rozarla siquiera, la cabeza a punto de explotar mientras imaginaba cómo serían sus pechos, su cuerpo desnudo entre sus manos, su boca deliciosa contra la suya...

Había sido una tremenda tentación. Y podría haber sucumbido a ella. Pero, por primera vez en mucho tiempo, Jack había hecho lo correcto. Había pensado en otra persona antes que en él mismo. Aunque sabía que era fácil que una jovencita como ella cayese fascinada por sus encantos, también era consciente de que eso le destrozaría la reputación.

Y Sophie le resultaba demasiado refrescante y agradable como para hacerle algo así. Por eso se quedó en aquel balcón durante más de veinte minutos, a la espera de que el deseo se evaporase y con la esperanza de que, al salir, ella ya hubiese desaparecido de la fiesta. Porque si volvía a verla temía ser capaz de cargársela al hombro como un animal y llevársela de allí.

—He visto hace un rato a cierta jovencita deliciosa saliendo de aquí y, ¿qué me encuentro al venir?, a mi mejor amigo solo, mirando la luna cual loco enamorado.

Jack se giró hacia Sebastian de mala gana y suspiró hondo.

—Muy gracioso. ¿Crees que alguien más la ha visto?

—No. Porque yo era el único capaz de aguantarte la mirada durante más de

dos segundos seguidos y ver cómo te metías aquí hace un buen rato. ¿Quién era la chica?

Sebastian se apoyó en la barandilla a su lado y lo miró interesado.

—Nadie —respondió con un gruñido.

—Pues *nadie* tenía unas tetas que...

—Ni se te ocurra hablar así de ella.

—Vaya, vaya. Qué posesivo. Vámonos.

Jack asintió. Salieron de la fiesta sin intentar llamar mucho la atención y montaron en el carruaje que estaba esperándolos fuera. Sebastian lo miró con una sonrisa lobuna una vez estuvieron dentro y él puso los ojos en blanco como toda respuesta.

—¿De verdad no piensas contármelo? —insistió.

—Es la hija mayor de los Thomson —confesó.

—¿Esos estirados insoportables? ¡Por lo que más quieras!

—Sí, pero nunca hubiese dicho que ella tuviese ese apellido.

—¿Por qué? —Sebastian alzó las cejas.

—Porque es distinta. Divertida. ¿Puedes creerte que pensaba que solo podía hacerse el amor sobre una cama? —Jack se rio al recordarlo—. Es... es...

—Te ha gustado. —No fue una pregunta, solo una afirmación.

—Sí —admitió Jack—, pero no más que cualquier otra mujer.

—Ya, claro. ¿De verdad crees que a estas alturas me trago tus mentiras? No me hagas reír. La chica te ha gustado y punto, aunque los dos sepamos que es un imposible. No sufras, amigo. Aún estamos a tiempo de ir al club y buscar buena compañía para esta noche...

—Ve tú, estoy cansado —respondió de inmediato.

—Como quieras. —Sebastian se encogió de hombros.

Él y Jack se conocían desde que eran niños. Los dos habían tenido una

infancia dura y desdichada, pero habían sobrevivido juntos luchando con uñas y dientes, y ahora eran dos de los tipos más adinerados de la ciudad. Se habían ganado cada centavo mano a mano, por eso Sebastian conocía mejor que nadie al tipo hosco que tenía delante y sabía que, cuando se encerraba en sí mismo o algo le rondaba la mente, era mejor dejarlo estar.

Así que eso hizo.

3

Sophie parpadeó al abrir los ojos y ver que la luz del sol entraba por la cortina del dormitorio. Esperaba encontrar allí a su doncella, pero en cambio solo vio a su hermana pequeña que, entusiasmada, se movía de un lado a otro de la estancia.

—¿Cómo fue el baile de máscaras? Cuéntamelo todo.

—Anne, aún estoy medio dormida —se quejó.

—¡Pero es que quiero saber si bailaste con el duque! Y si te cogió de la mano. Oh, dios, ¿te quitó el guante? Mejor aún, ¿te besó!? —gritó casi delante de su cara.

—¡No digas tonterías! Claro que no. Ni siquiera lo vi.

—¿No? —Anne la miró sin comprender.

Su hermana sacudió la cabeza y bostezó.

—Te contaré todo lo que ocurrió anoche si me dejas diez minutos para asearme y le pides a Meredith que me traiga el desayuno a la habitación, ¿qué te parece?

—¿Qué tiene de interesante si no viste al duque?

—Vi a otra persona... —susurró Sophie sonrojándose.

—Dios mío. —Anne se levantó a toda prisa—. De acuerdo, voy ya mismo. No te molestaré durante diez minutos y luego me darás todos los detalles —la hizo prometer.

Sophie sonrió al ver a su hermana salir corriendo del dormitorio, después volvió a darse la vuelta en la cama aprovechando la corta soledad y cerró los ojos con fuerza. El rostro de Jack Gallard apareció de repente y sintió un escalofrío en la espalda que la sobrecogió.

Jack era, sin lugar a duda, el hombre más apuesto que había visto jamás. Cada centímetro de él estaba hecho para el pecado. Su boca insolente. Sus ojos oscuros que la miraban tras aquella máscara que le daba un aire aún más misterioso. Sus dedos largos y masculinos apoyados en la barandilla. Sus hombros tensos y fuertes bajo la chaqueta.

Se había pasado la mitad de la noche en vela sin dormir por no poder dejar de pensar en él y recrear en su cabeza cada detalle de la conversación que habían mantenido. Aún no sabía qué hacía Jack en aquella fiesta de máscaras, pero lo que sí sabía era que, casi con total probabilidad, no volvería a verlo. Era la primera vez que él se dejaba caer por aquel ambiente y, desde luego, era imposible que coincidiesen en algún otro lugar. Y si había meditado tan seriamente sobre ello era porque, de repente, la idea de no volver a verlo le resultaba angustiada. Quería saber más cosas sobre Jack. Quería descubrir a qué sabían sus labios.

Por favor, ¿en qué demonios estaba pensando?

Se levantó de la cama, se aseó un poco y luego se puso la bata que tenía colgada en el armario justo cuando una doncella entraba con una bandeja llena de comida.

La dejó en una pequeña mesita y, antes de que ella pudiese oler las tostadas con mantequilla, Anne irrumpió como un gatito saltarín y se sentó a su lado en la cama, mirándola con impaciencia con esos redondos ojos azules que tanto se parecían a los suyos.

—¡Cuéntame qué ocurrió! Me estoy muriendo de impaciencia.

—Como te he dicho, conocí a alguien... —empezó dudosa—. Alguien poco apropiado. Alguien que haría que mamá se desmayase si se dignase a dirigirle la palabra...

—Dios mío, Sophie. ¡Me estás poniendo de los nervios!

—Jack Gallard estaba en la fiesta de máscaras.

—¿Qué?! ¿Bromeas? ¿Pero ese no es el dueño del club?

—Uno de los socios. —Sophie asintió con la cabeza y le dio un trago largo a su zumo de naranja y pomelo mientras recordaba aquellos penetrantes ojos negros.

—¿Hablaste con él? —preguntó Anne alterada.

—Sí. En uno de los balcones. A solas. Y es... diferente.

—¿Qué quieres decir? —Su hermana frunció el ceño.

—Pues que no es como los hombres que suelen bailar conmigo. Ni como el duque. Es perverso, pero no en un mal sentido, ¿me estás entendiendo?

—¿Acaso algo puede ser perversamente bueno?

—Oh, sí, ya lo creo que sí. Jack me resultó misterioso e intrigante, todo lo que no me ocurre con los demás pretendientes. Y es increíblemente atractivo.

—¿Te has enamorado de él? —Anne se llevó una mano a la boca.

—¿No, claro que no! ¿Cómo podría...? Apenas lo conozco.

—Existen los flechazos, la atracción. Lo he leído en libros.

—¿Has vuelto a coger novelas de la biblioteca sin permiso?

—Solo un par —reconoció Anne—. Pero, dime, ¿te gusta?

—No sé si esa es la palabra, pero admito que despierta mi curiosidad. De cualquier manera, no es algo por lo que debamos preocuparnos, ya que no volveré a verlo. Además, me rechazó, ¿te lo puedes creer? Jack Gallard, famoso por arruinar a un montón de damas y por relacionarse con la mitad de las mujeres de Londres, me pidió que me largase.

—¿Por qué? Si tú eres muy bonita —dijo Anne.

—Supongo que le gustan las mujeres más experimentadas —contestó Sophie antes de suspirar hondo y terminarse el zumo. Pensó en el momento en el que él le había pedido que se marchase. Había dicho algo así como que, si no lo hacía, terminaría demostrándole que se podía hacer el amor de pie y contra una pared, pero no intentó llevar a cabo en ningún momento su plan.

Fue caballeroso, mantuvo las distancias y no la sedujo.

Y eso que ella, contra todo pronóstico, casi se lo puso en bandeja.

—De todas formas, ¿te hubiese gustado que te besara?

Sí, claro que sí. Deseaba que cubriese mis labios con los suyos y conocer exactamente la textura de su boca, el sabor y la sensación de ser besada por el mismísimo diablo, pensó Sophie.

Pero luego sacudió la cabeza y suspiró profundamente.

—No, imagino que no —mintió mordiéndose el labio.

—¡Menos mal! Porque eso es una locura, Sophie.

—Ya lo sé —se adelantó sin demasiado humor.

—Ese Jack Gallard es un soltero empedernido que se dedica a destrozar las vidas de chicas inocentes. Imagino que será apuesto, pero por eso mismo es mejor que te mantengas alejada de él. Además, nuestros padres enloquecerían si se enterasen de que ha osado dirigirte la palabra. Y preveo que en breve tendrás un anillo en ese dedo de ahí. Ya lo verás.

Anne lo dijo sonriéndole, pero para Sophie fue como si le estuviesen hablando de una especie de condena. Y, como si hubiese sabido que estaban hablando de él, unos minutos después el mayordomo anunció que el duque se había presentado para hacerles una visita.

A partir de ese momento, las hermanas no volvieron a tener ni un minuto para seguir comentando el baile de máscaras. Todo fue un ajetreo y un movimiento constante de las doncellas ayudándolas a ponerse un vestido adecuado y arreglarse el cabello.

Cuando al fin bajaron al salón, su madre ya estaba sentada cerca del duque con una taza de té en la mano y una sonrisa encantadora que le dirigía solo a él y que desapareció en cuanto fijó sus ojos en Sophie, como si estuviese enfadada porque hubiese hecho esperar a Samuel.

—Qué visita tan inesperada —dijo Anne con jovialidad.

—Quería disculparme por no asistir ayer al baile —comentó Samuel—. Tuve un pequeño contratiempo y me fui imposible avisar antes de que no acudiría.

—No te preocupes, son cosas que pasan —repuso la señora Thomson.

—¡Sí! Además, Sophie se lo pasó maravillosamente bien —añadió Anne.

—¡Anne! ¡No seas insolente! Eso no es cierto. Sophie se entristeció por su ausencia, créame, fue una pena no poder contar con su presencia —dijo mirando al duque, que asintió.

Anne fue a servirse un poco de té antes de que su madre pudiese hacerlo, pero terminó derramando buena parte del contenido en la mesita y la señora Thomson gritó escandalizada.

—¿Qué has hecho, Anne?

—Perdona, mamá, pero es que...

—Ve y pide que limpien esto.

Anne se levantó con las mejillas sonrosadas y, en aquel momento, Sophie se percató de que su hermana estaba especialmente nerviosa aquella mañana, como si algo —o alguien—, pensó mirando al duque, la alterasen. Frunció el ceño mientras Samuel les hablaba de los planes que tenía aquella semana y de que el próximo viernes asistiría al teatro sin lugar a duda. Se fijó en su cabello rubio bien peinado, en los ojos claros y la bonita sonrisa, y se preguntó por qué a pesar de que era evidentemente atractivo no podía resultarle tan seductor como se lo parecía Jack. Quizá se debía a que uno parecía estar lleno de luz y el otro repleto de sombras. Eran como dos polos opuestos entre sí. El príncipe frente al diablo.

Cuando Samuel se marchó en torno al mediodía, ella se quedó un rato más en la sala de estar leyendo un libro sobre botánica. Ya casi era la hora de comer cuando llegó un sobre a casa que iba dirigido a ella. Lo cogió extrañada y lo abrió. Dentro había una nota.

Si quieres cumplir tu fantasía, di que esta tarde has quedado a tomar el té con alguna amiga y enviaré un carruaje a buscarte. Firmado: J.G.

Sophie releyó la nota con el corazón latiéndole tan fuerte que se llevó una mano al pecho. Era lo último que esperaba recibir aquella mañana. Sonrió lentamente.

—¿Qué es ese sobre que ha llegado para ti?

—Una invitación para ir a casa de Alice.

—Pero esa chica vive un poco lejos...

—Vamos, mamá, solo me ausentaré unas horas. Tal como tú dices, si todo va bien en unos meses seré una mujer casada, ¿no? Debería aprovechar ahora para quedar con mis amigas.

—Está bien. Pero ten cuidado, Sophie.

—Lo tendré, no te preocupes —dijo mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla antes de subir las escaleras a toda prisa, pensando en qué ropa ponerse para una ocasión como aquella. Ciertamente, no tenía ni idea. Pero la emoción por volver a verlo era suficiente.

4

Definitivamente, Jack había perdido la cabeza del todo.

¿Desde cuándo él se pasaba una noche entera sin pegar ojo por culpa de una mujer cualquiera? Pues desde aquel día, porque eso era justo lo que le había ocurrido. No dejaba de pensar en Sophie, en que la había tenido al alcance de la mano y la había dejado escapar. Si la hubiese llevado a los jardines de aquella ostentosa casa y hubiesen hecho cosas muy malas en el invernadero, por ejemplo, él ahora no estaría excitado como un adolescente que apenas ha probado el sexo un par de veces. Pero no. Ahí estaba, con el deseo rugiendo por sus venas y unas ganas de verla que no podían traerle nada bueno, desde luego.

—¿¡Que has hecho qué!?! —Sebastian lo miró alucinado.

—No te alteres. No es para tanto —protestó Jack.

—¿En serio? ¿Desde cuándo vas tú detrás de una mujer?

—No voy detrás de ninguna mujer, simplemente quiero meterme debajo de su falda y eso es todo. ¿Qué quieres que te diga? Pensé que podría ser un tipo respetable y caballeroso por una vez, pero resulta que no. Me gusta. Y tengo que solucionar eso urgentemente.

—No han pasado ni veinticuatro horas.

—Por eso mismo —atajó Jack decidido.

Como no había dormido, había tenido tiempo para pensar y llegar a la conclusión de que, cuanto antes probase a la deliciosa Sophie Thomson, antes se olvidaría de ella. Era así de fácil. Le ocurría con casi todas las mujeres: le resultaban irresistibles hasta que conseguía conquistarlas y entonces necesitaba un nuevo reto para volver a motivarse.

Sin embargo, como lo que había sentido por Sophie se salía un poco de lo usual, decidió implicarse y hacer las cosas bien en la medida de lo posible, claro. De modo que esa tarde montó en su carruaje y decidió que él mismo iría a buscarla, aunque perfectamente podría haber esperado a que su chofer de confianza la trajese. El problema era ese, que no quería esperar. Deseaba verla cuanto antes, incluso durante los minutos del trayecto.

Mientras aguardaban en un lado de la acera que cruzaba la puerta de la casa familiar, Jack temió que Sophie ignorase su invitación, algo probable, pero, por suerte, la puerta del carruaje se abrió unos minutos más tarde y ella entró mirándolo todo a su alrededor con esa inusitada curiosidad que a él le parecía fascinante y de lo más encantadora.

—Milady. —Le dirigió una sonrisa seductora.

—Vaya, este carruaje es impresionante.

—Las telas son de Francia, los apliques de oro.

—Qué ostentoso —se le escapó con una risita.

Mientras se ponían en marcha, él alzó una ceja.

—¿Te resulta ostentoso? Pensaba que las personas como vosotros realmente disfrutabais con el lujo injustificado y las riquezas que pasan de generación en generación.

—No todos. Yo pensaba que los tipos como tú no juzgaban así.

—No pretendía juzgarte precisamente a ti —puntualizó él.

—¿Entonces a quién te referías? Siento curiosidad.

—Tú siempre sientes curiosidad —farfulló él frunciendo el ceño y pensó que, en lugar de estar hablando de aquello, ya debería estar quitándole el apretado corsé. Sin embargo, continuó la conversación—. Juzgaba a aquellos que se creen más que los demás solo por el lugar en el que han nacido. Dada tu procedencia, dudo que estés de acuerdo conmigo.

—Te equivocas. Yo creo que es admirable que hombres como tú hayan

conseguido labrarse un futuro prometedor, ¿por qué no iba a pensarlo?

Jack la miró durante un largo minuto sin saber qué decir.

Aquella chica no se parecía nada a sus padres. Él había coincidido con los Thomson en varias ocasiones y en todas ellas se negaron a intercambiar con él más de una cortés frase como saludo tan solo porque no lo consideraban digno de sus posiciones. Y no había nada que Jack odiase más en el mundo que ver su orgullo pisoteado o sentirse insultado.

—¿A dónde vamos? —preguntó Sophie pasado un rato.

—Al club de juego. Pensaba que era evidente.

—¿De verdad me llevas allí? —Ella lo miró con tal entusiasmo que Jack no pudo menos que sonreír ante el brillo de sus ojos—. ¡No me lo puedo creer!

—No es para tanto. Tiene su encanto, pero...

—¡Claro que es para tanto! —lo cortó ella.

—Ya estamos llegando. No te separes de mí. Y ponte la capucha.

Sophie obedeció y antes de bajar del carruaje se puso el gorro que llevaba su capa oscura. Se lo quitó cuando entraron en el club por una puerta trasera que conducía hacia un pasillo largo y estrecho. Allí, la presencia de Jack resultó más intensa todavía, porque el reducido espacio daba una sensación de intimidad. Pronto salieron hasta una sala más amplia y él la condujo por unas escaleras envueltas en terciopelo rojo. Subieron varios pisos hasta llegar a un salón confortable, con una chimenea encendida, una mesa, dos sofás y una alfombra.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? —preguntó ella.

—Ven. Mira por aquí —le dijo él señalando la pared.

Sophie se acercó mientras Jack movía hacia un lado una ranura pequeña en la pared en la que apenas cabían sus ojos. Le pidió que echase un vistazo por ahí y ella gimió conmovida cuando se dio cuenta de que, desde el último

piso en el que se encontraban, se veía todo el salón de juegos desde arriba. Estaba repleto de hombres que jugaban a las cartas, reían y bebían mientras las monedas iban a pasando de un lado a otro.

—¡Es lo más increíble que he visto jamás! —gritó Sophie.

Jack se echó a reír al verla así de emocionada y suspiró.

—Aquí es donde suelo pasar la mayoría de las noches. Normalmente, Sebastian prefiere estar abajo, entre los clientes, pero hace tiempo que me cansé de ese ambiente. Y desde este lugar puedo asegurarme de que nadie haga trampas, entre otras cosas.

—Qué ingenioso. Es alucinante.

Sophie dejó de mirar por la ranura y, en cambio, clavó sus ojos en él, que la contemplaba absorto. Jack vio cómo ella se mordía el labio inferior y se preguntó si estaba intentando volverlo loco o es que aquello le nacía de forma natural y toda ella había sido creada para seducirlo. Alargó una mano y le colocó tras la oreja un mechón de cabello tal como había decidido hacer desde el primer minuto en el que ella salió al balcón.

—¿Por qué has accedido a venir? —le preguntó.

—Es evidente. Quería ver el club. Quería...

—Sin mentiras —repuso él—. Hasta que estábamos en mitad del trayecto no sabías que veníamos al club. Así que venías sin condiciones, ¿cierto?

Sophie tragó saliva y él miró su cuello con deseo.

—Supongo que el riesgo me gusta más de lo que pensaba.

—¿Yo soy un riesgo? —preguntó Jack con la voz ronca.

—Un riesgo enorme —contestó Sophie con nerviosismo.

—Entonces te demostraré que hay riesgos que valen la pena.

Las palabras aún flotaban entre ellos cuando Jack la sujetó de la nuca con firmeza y se inclinó para besarla. Sus labios, tal como él había esperado, eran tan suaves como un trozo de algodón y su sabor resultaba dulce, adictivo. Y

en cuanto su lengua rozó la de Sophie, supo que terminaría perdiendo la cabeza por esa chica, porque nunca se había sentido como si le diesen una descarga eléctrica y nunca había estado tan excitado en toda su vida.

Siguió besándola, conociéndola con los labios mientras ella gemía en su boca y provocaba que fuese cada vez más difícil no ir a más. Jack deseaba con todas sus fuerzas arrancarle la ropa, soltarle el pelo y tenerla desnuda sobre la alfombra y frente a la chimenea durante toda la noche. Y cuando los brazos de ella le rodearon el cuello, no pudo pensar en nada más.

—Jack... —susurró ella entre jadeos.

—Eres deliciosa... eres... preciosa...

Se silenció, respirando entrecortadamente. ¿Qué demonios estaba diciendo? *Eres deliciosa, eres preciosa*, parecía algo digno de uno de esos esnobs con los que él intentaba no cruzarse. Se amonestó a sí mismo y la besó con más rudeza, comportándose como el demonio que se suponía que era. Sin soltarla, avanzó por el salón hasta que sus pies dieron con el sofá que estaba delante de la chimenea y ambos cayeron encima, él sobre ella, con su cuerpo aplastando aquel contorno suave lleno de curvas que esperaba descubrir esa noche.

—Eres una chica traviesa y muy mala, ¿lo sabías?

—Hmmm... —Se lamió los labios como si intentase llevarse su sabor y ese pequeño gesto fue suficiente para que Jack sintiese que su excitación crecía por momentos, si es que eso era siquiera posible—. No sabía que los besos podían ser... así...

—¿Cómo pensabas que eran? —La miró con curiosidad.

—Más suaves. Menos húmedos. Yo... solo una vez...

—¿Solo te habían besado una vez? —preguntó.

—Fue en un baile, hace un año. Pero casi ni lo noté.

—¿No notaste que te estaban besando?

¡Maldición! En esos momentos Jack debería estar con las manos debajo de su falda y en cambio ahí se encontraba, encima de ella, con su erección palpitando contra la ropa y hablando sobre besos, un acto del todo prescindible para lo que él tenía en mente, aunque no por ello dejaba de ser placentero devorar esa boca rosada y dulce.

—Fue rápido. Así. —Incorporó un poco la cabeza para darle un beso casto en los labios tan fugaz que, en efecto, él apenas fue muy consciente de que había ocurrido.

—¿Y esa es toda tu experiencia? —preguntó Jack.

—Sí. —Sophie lo miró con las mejillas ardiendo.

Él pensó que no merecía que la mancillase, perder su inocencia con un hombre que solo buscaba satisfacer la necesidad creciente y desnudarla de inmediato. Dudó, con sus ojos fijos en los de ella, pensando que aún estaba a tiempo de pedirle que se marchase, montarla en su carruaje y dejarla en la puerta de su casa como si nada hubiese pasado.

Pero la deseaba, maldita sea. Y él era un demonio.

Eso decían todos, ¿no? Eso creía también ella...

—Pues tendremos que ponerle remedio a eso.

Así que dejó que esa parte oscura que siempre lo había acompañado saliese a la luz. Devoró su boca con ansia, demostrándole que los besos no tenían nada de efímero, sino todo lo contrario. Sus manos se deslizaron con destreza por aquel cuerpo femenino y no tardó demasiado en conseguir aflojar la parte superior del vestido. Sus labios se movieron con avidez por su cuello, mordisqueándola con suavidad como si deseara dejar su marca en aquella piel blanquecina. Sophie gimió en su oído cuando él abarcó con una de sus grandes manos el pecho izquierdo y pensó que jamás había escuchado un sonido más excitante en toda su vida ni tampoco había sentido un deseo así de arrollador, como si tirase con fuerza de los músculos de su cuerpo que se

tenían cada vez más sobre el de ella.

Cuando consiguió liberar uno de los pechos, sintió que se quedaba sin aire. Los había visto de todos los tamaños y formas a lo largo de su vida; pero nunca mientras una chica de cabellos rubios y ojos azules y brillantes lo miraba de aquella forma, como si confiase ciegamente en él a pesar de que, desde luego, aquello era un error y no debería hacerlo.

Se sintió como la peor calaña del mundo.

Pero aún así se inclinó y rozó la cima con los labios, consiguiendo que Sophie se arquease contra él y soltase un jadeo entrecortado de placer. Jack humedeció aquella parte tan sensible con su lengua mientras le dirigía una mirada llena de promesas oscuras.

—¿Eres consciente de lo que implica esto, Sophie?

—No... Sí... —Gimió mientras él se llevaba el pezón a la boca de nuevo y succionaba con fuerza antes de levantar la cabeza sin dejar de masajear el pecho con la mano.

—Porque necesito que lo entiendas bien.

—Ahora mismo... no puedo pensar...

¡Maldición! Él sabía perfectamente que decía la verdad, porque tenía la mirada nublada e ida, los ojos cubiertos por un velo de placer y la frente perlada de sudor. Jack se quedó paralizado al verla así, tan dispuesta a él sin dudar cuando iba a arrebatarse todo lo que una mujer tenía en aquella sociedad y en esa época: su virtud. Las probabilidades de casarse intacta con un hombre respetable y de su clase, ese que la haría la madre de sus hijos y la mantendría segura en una imponente mansión, a pesar de que Jack no podía imaginarse cómo uno de esos maridos rectos conseguiría reprimir los impulsos y la curiosidad de Sophie, porque era evidente que eran un rasgo de la personalidad de la muchacha, algo adherido a ella.

—Esto... no puede ser, Sophie —susurró en su oído.

—¿Por qué no? Te deseo. Deseo más...

—¿Has olvidado que soy el diablo?

—¿Para quién? Yo creo que eres un ángel.

Jack soltó una carcajada que se mezcló con el sonido del fuego chisporroteando frente a ellos. La miró aún sonriendo y le apartó el pelo de la frente con una mano. Nunca en toda su vida alguien lo había comparado con un *ángel*, probablemente ni siquiera cuando era un niño pequeño recién nacido. El comentario de Sophie era completamente desacertado y, sin embargo, a Jack le gustó escuchar de sus labios que ella tuviese su propia opinión sobre él.

—Eres una criatura fascinante —le dijo mirándola.

—¿No vas a volver a besarme? —insistió ella.

—Voy a hacer algo todavía mejor que eso.

Bajó la mirada por su rostro hasta abandonar sus labios y clavarla en sus pechos desnudos, esas dos cimas que parecían reclamar su atención. Jack acarició el contorno de uno mientras su otra mano se movía hacia abajo buscando el borde de la falda y colándose dentro. Cuando Sophie sintió sus dedos acariciándole el muslo bajo la enagua y cubierto tan solo por las medias y la ropa interior, se sobresaltó e intentó cerrar las piernas.

—Tranquila. Separa las rodillas.

—Pero... es que... —balbuceó.

—¿Acaso no confías en mí, Sophie?

Ella lo miró a los ojos y tragó saliva. *No debería*, pensó. Pero sin embargo lo hacía, a ciegas y sin ninguna razón. Asintió con la cabeza, intranquila, y separó un poco las rodillas para darle más acceso a aquella zona íntima que ni a ella misma se había permitido explorar. Sin embargo, bajo el influjo de Jack no recordaba normas, etiquetas ni nada parecido, solo podía pensar en lo enigmáticos que eran sus ojos negros, su boca sensual y pecaminosa y lo bien

que olía, porque su piel desprendía un aroma delicioso a jabón y a algo propio.

Pero hasta en eso dejó de pensar cuando la mano de Jack se coló por el hueco de su ropa interior y la acarició ahí mismo, en el centro entre sus piernas. Sophie se tensó.

—Estás tan húmeda... —susurró antes de besarla.

Después hundió un dedo en su interior y ella gritó.

—Jack... no puedo —jadeó nerviosa.

—Relájate. Cierra los ojos.

—Pero... quiero tocarte.

—Otro día. Hoy solo siénteme.

Sophie obedeció. Mantuvo los ojos cerrados mientras sentía los dedos de Jack en su interior, deslizándose con suavidad hasta que empezó a acariciarla también con el pulgar en algún punto superior, una que la hizo precipitarse a un acantilado de placer. Gimió alto. Sentía la otra mano de Jack acunando su mejilla y aquel cuerpo masculino y duro sobre ella, casi a su costado para tener más movilidad. Su larga y firme erección presionando contra el muslo derecho mientras esos dedos la acariciaban consiguiendo que le temblasen las piernas y que la temperatura de su cuerpo se disparase como si de repente las llamas se hubiesen avivado, cuando en realidad el fuego de la chimenea estaba a punto de extinguirse.

—Jack... —jadeó con el corazón latiéndole con fuerza.

—Mírame cuando te corras, Sophie. Abre los ojos.

Volvió a seguir sus órdenes y clavó la vista en aquellos dos pozos oscuros que la miraban como si fuese lo más fascinante que hubiese contemplado en toda su vida. Su cuerpo se arqueó antes de proferir un gemido de placer que resonó en la estancia y ante el que Jack sonrió satisfecho, como si la visión fuese exactamente lo que había estado esperando.

Después los ecos del deseo fueron apagándose...

Jack apartó la mano, le colocó bien la ropa interior y la falda del vestido azul oscuro que llevaba aquel día. Suspiró hondo y después se puso en pie sin decir ni una sola palabra. Sophie se incorporó también, aún atontada. Puede que fuese inexperta, pero sabía que no habían culminado el acto de hacer el amor. Según había oído decir a los criados, era doloroso, nada que ver con lo que había sentido aquel día. Además, él ni siquiera se había desnudado.

No pudo evitar dirigir la vista hacia sus pantalones abultados.

Se levantó y dio un paso hacia él, rozándolo con la mano.

—Tú ni siquiera has... —comenzó a decir.

—Tienes que marcharte ya —la cortó él.

—Pero, Jack, quiero verte. Quiero más.

Él inspiró hondo. Demonios, aquello era lo más difícil que había hecho en toda su vida; negarse el placer de estar con una dama de clase alta, una que deseaba, no solo por lo mucho que le gustaba, sino también porque siempre sentía una insana satisfacción cuando las mujeres como ella caían rendidas a sus pies. Por su orgullo y su vanidad, esa que tantos años había visto manchada en manos de los que se creían mejor que él.

Y sin embargo no podía hacerle aquello a Sophie.

Lo único que sabía era que tenía que mantenerla lejos de él y que traerla aquel día al club había sido un gran e irremediable error. Si había pensado que podría follársela como si fuese una cualquiera, se equivocaba. Y si había pensado que conseguiría reprimirse ante sus encantos, también se equivocaba. De cualquier modo, tenía la certeza de que a partir de ese instante debían seguir caminos separados, porque cuando estaban juntos era evidente que una chispa, una atracción ilógica se adueñaba de todos sus sentidos, para bien y para mal.

Y eso haría. Aunque tuviese que mentirle, incluso.

—No habrá más, Sophie. No repito nunca con una misma mujer y ya he visto todo lo que necesitaba ver —dijo con un tono de voz bajo y peligroso mientras deslizaba la mirada por sus pequeños pechos a propósito—. Te acompañaré a la puerta. El carruaje te espera.

Vio que ella parpadeaba con los ojos húmedos.

—Pero... pero si ni siquiera hemos...

—Tengo un gusto muy concreto y exquisito en lo que se refiere a mujeres y no eres lo que esperaba encontrar, sencillamente. —Se encogió de hombros—. No es nada personal.

Pero casi antes de que terminase de pronunciar aquella frase, la mano de Sophie se estampó contra su mejilla. La mirada penetrante de Jack se clavó en ella. Nunca en toda su vida había consentido que nadie le diese un golpe sin responder de la misma forma, porque en cierto modo estaba en su naturaleza aquello; dar y recibir, recibir y dar, defenderse con uñas y dientes de las adversidades que había encontrado en el camino. Sin embargo, por primera vez en su vida, tan solo se llevó una mano a la mejilla y se la masajeó mientras ella se daba la vuelta y abría la puerta del salón. Supo que no habría podido ponerle una mano encima ni en un millón de años y, al darse cuenta de aquello, también supo que Sophie terminaría siendo un gran problema y que hacía bien al alejarla de él cuanto antes, aunque lo odiase por ello.

La siguió escaleras abajo hasta el pasillo que conducía a la puerta trasera por la que habían entrado. Mientras ella se le escapaba definitivamente y por elección, no podía apartar la mirada de su nuca, de la curva deliciosa de su cintura, esa que minutos antes había tenido a su entera disposición. Suspiró hondo y salió a la calle cuando ella también lo hizo.

—Ponte la maldita capucha —siseó con enfado.

Maldita niña malcriada, pensó, aún conseguiría que la descubriesen allí

con él después de todos sus esfuerzos por mantener su reputación intacta.

Sophie obedeció de mala gana y el chófer abrió la puerta para que ella subiese al carruaje. Jack se quedó allí parado, con el corazón aún retumbándole con fuerza en el pecho mientras la chica de cabello dorado y ojos azules se alejaba para siempre de su vida y de sus manos. Se dijo que seguro que una copa de coñac más tarde ya habría conseguido olvidarla y entró de nuevo en el club.

5

Había fingido que estaba enferma tan solo porque la idea de levantarse de la cama no le resultaba nada agradable y mucho menos cuando su madre se había empeñado en que se acercasen al centro para que se probase de nuevo aquel vestido que la modista le estaba confeccionando. No es que no agradeciese todos aquellos caprichos, es que en esos momentos solo podía pensar en Jack Gallard, en su rechazo y en que, para su desgracia, sentía que había caído ante sus encantos como una tonta. ¿En qué estaba pensando?

En nada, eso era evidente. La clave estaba en que había dejado de pensar. Se había dejado llevar tan solo por su atractivo, por aquella boca de pecado, por el placer inmediato. Como una niña ilusa, mientras él la besaba en aquel sofá frente a la chimenea, Sophie había llegado a imaginar cómo sería vivir todos los días así, con un hombre como Jack a su lado, uno que parecía tan inalcanzable y que no le hablaba del tiempo atmosférico ni parecía sorprenderse cuando ella decía algo poco conservador o permitía mostrarse curiosa en su presencia.

Al revés, casi habría dicho que eso a él le gustaba.

Pero se había equivocado. Nada más lejos de la realidad.

Al parecer después de medio desnudarla había decidido que no era del todo de su gusto. Mientras Sophie aún pensaba en ello, se puso en pie y se miró en el espejo alargado de su dormitorio. Solo vestía la ropa interior. Se llevó las manos a los pechos, sopesándolos. Cierto era que resultaban pequeños y que algunos hombres los preferían voluptuosos y grandes, así que en ese sentido poco podía hacer. Era delgada, pero no tanto como su hermana Anne. Tenía curvas y unas piernas largas que terminaban en los pies algo más grandes de

lo deseado.

Se preguntó cómo serían las mujeres con las que Jack solía relacionarse y le entraron ganas de echarse a llorar. Y lo peor de todo era que se sentía ridícula ahí, delante del espejo y suspirando por un hombre que estaba muy por debajo de su posición, uno con el que tampoco hubiese podido tener más que un escaqueo amoroso aún a sabiendas de que, seguramente, eso habría arruinado su vida para siempre.

—¿Qué haces ahí parada? —preguntó Anne al entrar.

—Nada. Mirarme en el espejo. No es tan raro.

—Pensaba que estabas enferma —replicó.

—Y lo estoy —repuso volviendo a la cama.

Se metió bajo las mantas y evitó la mirada de su hermana pequeña que, incapaz de dejarlo correr, se sentó a los pies y la cogió de la mano. Por primera vez, Anne no se mostró llena de alegría ni alzó la voz ni se dedicó a corretear de un lado para otro. Tan solo fue su apoyo.

—Me imagino que no quieres contármelo, porque llevas tres días metida en la cama y apenas hablas conmigo, pero sé que me ocultas algo.

—No es verdad, no ha pasado nada...

—Y no solo por esa marca que tienes en el cuello —señaló Anne antes de continuar hablando—. Sino también porque no tienes los ojos rojos por un resfriado, sino porque has llorado. Soy tu hermana, Sophie. Te conozco mejor que nadie. No intentes engañarme.

Sophie apartó la mirada, avergonzada.

En el fondo había deseado que su hermana se diese cuenta, porque necesitaba hablar con alguien, pero por otra parte sentía que hacerlo lo haría todo mucho más real.

Y la realidad era extrañamente dolorosa.

—No puedo decírtelo —admitió al fin.

—¿Por qué no? No te juzgaré.

—Es demasiado humillante.

—Venga, Sophie. Suéltalo.

—Quedé con él —dijo bajito.

Anne abrió los ojos como platos.

—¿Con Jack Gallard? —Se llevó una mano al pecho—. Dios mío, Sophie, si papá o mamá llegan a enterarse de eso despídete de ver la luz del sol durante varios meses —bromeó, aunque las dos sabían que no era del todo mentira; puede que no fuesen a encerrarla, pero seguro que tomaban serias medidas nada agradables para ella y su libertad.

—Fue hace tres días, cuando dije que iba a tomar el té a casa de Alice. Pues bien, en realidad me recogió con un carruaje y me llevó a su club de juego.

—¿¡El club de juego!? ¿Y cómo es? —preguntó emocionada.

—Increíble. El lugar más excitante en el que he estado jamás. No tiene nada que ver con los salones de baile, ¿sabes? Es como si allí no existiesen las reglas ni el protocolo.

—¿Pero viste a los que estaban allí?

—¡No, claro que no! Bueno, sí, pero a través de una rendija. Jack me invitó a subir a la habitación superior, esa que usa para supervisar todo lo que ocurre en el club. Y una vez allí, en fin, una cosa llevó a la otra y no sé cómo ni en qué momento, pero nos besamos.

—Jack Gallard te besó —jadeó Anne impresionada.

—Y cómo besa —recordó Sophie—. Como el demonio.

—Tiene sentido. —Sophie se rio bajito.

—No puedo explicarte con palabras lo que sentí. Fue como si todo quemase, como si estuviese ardiendo por dentro. Y él era... delicioso, no habría sido capaz de apartarlo ni en un millón de años. Solo quería que ese

momento durase para siempre. —Miró a su hermana con una sonrisa y apartó un tirabuzón castaño que había resbalado por su hombro—. A pesar de todo lo que ocurrió después, creo que todas las chicas del mundo merecemos que un hombre nos bese alguna vez de esa manera, como si fuésemos la más bonita.

Anne apartó la mirada y luego sacudió la cabeza.

—A mí no me pasará. No soy tan bonita como tú.

—No digas tonterías. Eres preciosa, Anne. En cuanto te presenten en sociedad el próximo año vas a tener a un montón de pretendientes detrás de ti, ya lo verás.

—No te creo. Pero sigue contándome lo que ocurrió.

—Continuamos besándonos durante tanto rato que perdí la noción del tiempo. Y después... después él hizo cosas, cosas muy, hmmm... placenteras —explicó nerviosa—. Pero nada que me comprometiese. Porque, en realidad, no quiso.

—¿Qué? ¿Estabas dispuesta a mantener relaciones con él...?

—Me gusta. Y pensaba que yo le gustaba a él —se defendió.

—Bueno, eso es más que evidente, claro —repuso Anne.

—No creas. No quiso continuar. Me pidió que me marchase. Me dijo que... que no era su tipo de mujer... —Parpadeó para contener las lágrimas—. Fue humillante, Anne.

Su hermana abrió la boca sorprendida y luego la abrazó con cariño. Se quedaron un rato así, en la cama, tan solo unidas en aquel abrazo reconfortante y familiar.

—Es un bastardo engreído —sollozó Sophie.

—Un demonio sin corazón. ¿Cómo pudo decirte algo así? Desde luego, carece de modales. Piensa en lo positivo: te diste cuenta antes de cometer una locura. Fue casi una bendición.

—Supongo que sí —admitió Sophie encogiéndose de hombros.

Lo que no dijo en voz alta fue que, en el fondo, aquello le había dolido. Que se había hecho ilusiones y fantasías propias de una niña y que no quería ni imaginar cuántas chicas ilusas como ella habrían caído en la trampa de Jack Gallard. Seguro que por ese sofá habían pasado docenas de mujeres rendidas ante sus encantos. Porque otra cosa no, pero había que reconocer que encantos tenía de sobra; no solo por su increíble aspecto físico, ese que le hacía asemejarse a una pantera salvaje que está al acecho de su presa, sino también por su forma de hablar, una que destilaba inteligencia e ingenio, porque siempre tenía una réplica preparada ante cualquier contestación. Y su sonrisa seductora no ayudaba.

Sophie suspiró cuando su hermana se marchó poco después y abrió el libro de botánica que seguía leyendo y que tenía en la mesita al lado de la cama. Después de aquellos tres días lamentándose y dándole vueltas a lo ocurrido, había entendido que, presa de la apatía y de la presión a la hora de encontrar marido, había encontrado excitante la idea de vivir una aventura, algo inesperado, un riesgo. Eso había sido Jack para ella.

Probablemente lo recordaría así durante el resto de su vida.

Pero era evidente que no podía volver a permitirse a sí misma un tropiezo semejante. Ahora entendía por qué su madre era recta en sus ideas, dado que así era más fácil no desviarse de la senda a seguir. Y su trayectoria pasaba por conquistar a un guapo duque que era amable, listo y parecía más que dispuesto a terminar poniéndole un anillo en el dedo.

Una semana después, Sophie estaba paseando por el parque más famoso de todo Londres junto al duque. Unos pasos más atrás los seguían su carabina, la doncella, pero les había dejado suficiente distancia por orden de su madre

como que pudiesen conversar sin sentir su intimidad invadida. Raro en la ciudad, era un día soleado y de lo más agradable.

—¿Te gusta la lluvia? —le preguntó Samuel.

Oh, no, otra conversación sobre el tiempo meteorológico.

—Más que a la mayoría de la gente de Londres.

—¿Y eso por qué? —preguntó un tanto distraído.

—Tiene su encanto, cierto aire melancólico, ¿no crees?

—Podría verse así. Yo prefiero el sol y el cielo azul.

—Entonces serás un hombre desdichado en esta ciudad.

Samuel la miró de reojo antes de sonreír y continuar caminando por el parque. Los pájaros piaban en la cima de los árboles y otra pareja pasó andando por su lado.

—Hay cosas más importantes que el clima. Pero admito que durante mis viajes a Francia o España disfrutaba de los días más luminosos. ¿Alguna vez has salido de Londres?

—No. Y, si he de ser sincera, no es algo que me llame especialmente.

—No sé por qué te tenía por una chica aventurera. Eso dijiste en una de nuestras primeras citas, ¿recuerdas? ¿Qué ha sido de esa idea? —La observó con curiosidad.

—Ah, no me refería a eso. Quería decir *aventurera* en otro sentido.

Pero por supuesto no pensaba explicárselo. Dudaba que un duque correcto como él comprendiese que para ella era una aventura visitar un club de hombres o cosas peores, como terminar entre los brazos de uno de los canallas más afamados de la ciudad.

—Cuéntame algo más de ti —le pidió Samuel.

—Pues, veamos... me gusta la langosta.

—¿La langosta? —La miró intrigado.

—Sí, eso he dicho. También el color azul.

—Entonces te gustarán mis ojos —bromeó.

En ese momento, Samuel dejó de caminar y los dos se quedaron quietos, mirándose. Ella se hundió en aquel océano precioso enmarcado por unas largas pestañas que, en efecto, realzaban el azul claro de sus ojos; pero, para su desgracia, tan solo deseó que fuesen más oscuros, mucho más, negros incluso. Se sintió culpable por ello y bajó la vista.

—¿Qué ocurre, Sophie? —le preguntó hablando bajo.

—Nada, tan solo me encuentro algo destemplada.

—Tu madre me comentó que estuviste enferma la semana pasada.

—Sí, así es —mintió sintiéndose un poco culpable.

—Deberíamos volver ya al carruaje.

Sophie asintió. Caminaron de regreso sin hablar demasiado, tan solo comentando temas banales y dentro del protocolo habitual. Samuel le dirigía a menudo miradas de reojo que resultaban intensas. Ella sabía que cualquier otra muchacha en su situación ya se habría sonrojado de los pies a la cabeza tan solo por estar ante su mera presencia; tenía, de hecho, varias amigas que la envidiaban por tener la posibilidad de estar cerca del duque.

Cuando llegaron al carruaje, él le abrió la puerta para que pudiese entrar, pero, en lugar de cerrarla de inmediato, antes de despedirse, le rozó la mejilla con el dedo enguantado y le dedicó una sonrisa encantadora que, en teoría, debería haberla dejado sin aliento. Igual que la caricia. Sin embargo, Sophie solo sintió un contacto normal, como el de un hermano.

Ya dentro del carruaje tras decirle adiós a Samuel, meditó las palabras que su madre solía repetirle a menudo. Los matrimonios por amor estaban sobrevalorados. Había que ser prácticos, afianzar el apellido familiar, buscar la estabilidad tanto económica como emocional y, el amor, desde luego, siempre implicaba problemas; celos, dolor, infidelidades, conflictos. Sin embargo, una relación sincera que diese paso a la amistad sería para siempre

y sin todas esas complicaciones que acarreaban las emociones más intensas.

Siguiendo esa lógica...

Samuel era el marido perfecto para ella.

6

Ya debería haberla olvidado, pero no era así.

Jack se movía por la habitación como un animal enjaulado, furioso y lleno de cólera. En realidad, no estaba enfadado con Sophie, sino con él mismo. Pensaba que, quizá, si hubiese llegado a culminar lo que había previsto con ella, a esas alturas ya no se sentiría como un niño al que acababan de arrebatarse un caramelo. Y quería ese caramelo, vaya si lo quería.

No pensaba en otra cosa desde que se había encontrado con ella en esa tonta fiesta de máscaras dos semanas atrás. ¿Qué estaría haciendo en esos momentos Sophie?, se preguntaba constantemente como un idiota de primera. Porque, para empezar, no debería importarle. Debería darle igual que estuviese haciendo el pino o viajando a la misma Conchinchina.

—Sigues teniendo cara de perro —comentó Sebastian tras entrar en su despacho.

—Será porque acabas de llegar —gruñó él de mal humor.

—¿Ves? Y gruñes. Lo que digo, un perro.

—Déjalo ya, Sebastian —replicó molesto.

Su amigo lo ignoró y se sentó enfrente de su escritorio tras servirse una copa de la botella de coñac que tenía encima de la mesa. Para ser sincero, había bebido demasiado aquellos últimos días, como ya no se permitía hacer desde hacía tiempo.

—¿Y todo esto por una damita tonta? —inquirió.

—No la llames así —rugió Jack sirviéndose más.

—¿Cómo? ¿Damita o tonta? ¿Acaso miento?

—No es tonta —se limitó a responder entonces.

—Pero sí es una dama. Una que vive en un mundo diferente al nuestro.

—¿Crees que no me he dado cuenta? Si no lo supiese bien, al entrar me habrías encontrado entre sus piernas encima de esta mesa —dijo y, el mero hecho de imaginárselo, casi se la puso dura. Desde luego, Sophie era una tentación más deliciosa de lo que había pensado en un primer momento y ahora le resultaba ridícula esa idea que tuvo de olvidarla en un pestañeo.

—Has sido muy gráfico. Gracias, pero no era necesario.

—Sebastian, ¿no tienes nada mejor que hacer?

—No. El club está hoy tranquilo. Por eso mismo venía a proponerte algo...

—Deja de dar rodeos y ve al grano. No tengo mucha paciencia.

—Ya lo veo. —Sonrió ladino—. Me he enterado de que cierta chica rubia y de bonitos ojos azules asistirá hoy a un baile en la mansión de los Dyllan. Un baile al que me invitaron ayer. No preguntes, pero admito que he tenido algún que otro escaqueo últimamente con la señora Dyllan y te aseguro que, pese a parecer una dama sofisticada, en la cama saca las garras.

—¡Por lo que más quieras, Sebastian!

—¿No te apetece el plan? Pensé que te alegrarías.

—¿Por qué iba a hacerlo? Yo mismo la alejé...

—No hace falta que te acerques. Puedes verla en la distancia, convencerte de que solo es otra dama más que terminaría aburriéndote tras un revolcón rápido y regresar a casa con alguna chica más experimentada. ¿Sabías que Mandy Howard se ha quedado viuda? He oído cosas sobre ella. Cosas de lo más excitantes...

Jack se puso en pie suspirando sonoramente.

Para su desgracia no le interesaba ni Mandy ni ninguna otra mujer que tuviese a su alcance. Su cabeza solo pensaba en una: Sophie Thomson. Esa que más de una semana atrás él mismo había rechazado antes de recibir el primer guantazo de su vida que no respondía. Desde entonces, no había

dejado de pensar en el dolor que vio en sus ojos en ese instante, cuando su pequeña mano lo golpeó, ni en lo mucho que le temblaba el labio inferior mientras subía al carruaje hasta el que él se empeñó en acompañarla. Por supuesto, le había pedido a su chófer que se asegurase personalmente de que la chica llegaba sana y salva y entraba por la puerta de su casa, cosa que le había confirmado alrededor de media hora más tarde.

—Entonces, ¿vamos o no? —insistió su amigo.

—Maldito seas, Sebastian —masculló irritado.

Pero, por supuesto, sí, sí que iba a ir a verla.

Tal como había imaginado, la mansión de los Dyllan era terriblemente ostentosa. A menudo, a él mismo le gustaba hacer alarde de sus riquezas tan solo para afianzar su ego y ponerse a la altura de aquellos que lo habían rechazado y aún lo hacían. Pero en cuanto puso un pie en aquel sitio se sintió fuera de lugar y recordó que ese mundo en el que él no encajaba era el mundo donde vivía Sophie, la chica que ocupaba sus pensamientos.

Se paseó entre los invitados y saludó sin muchas ganas a un par de tipos que conocía porque regentaban el club. Fue hasta las mesas de las bebidas y Sebastian apoyó una mano en su hombro y lo sacudió ligeramente mientras sonreía divertido.

—No me digas que no es una maravilla ver como todos estos idiotas tuercen el morro en cuanto nos ven llegar. Y pensar que no pueden hacer nada para impedirlo... Y que sus esposas parecen aceptarnos de buena gana más veces de las que ellos creen...

Jack sonrió sin muchas ganas. Sabía cómo se sentía Sebastian y por qué decía todo aquello. Sus vidas no habían sido fáciles. Lograr escapar hasta ese lugar, conseguir ser los dueños del club al que acudían muchos de esos hombres que ahora vestían de etiqueta, era estimulante, como si le hubiesen ganado una batalla a la vida y a las malditas casualidades, esas que

cambiaban el destino de las personas según el lugar en el que naciesen.

—Estás un poco tenso, amigo. Relájate.

Sebastian tenía razón. Jack se obligó a calmarse antes de llevarse la bebida a los labios y pasear la vista por el salón de baile. De inmediato distinguió dos cosas: la primera fue el ceño fruncido de algunos de los presentes que sin duda no aprobaban que los hubiesen invitado a la fiesta. La segunda fue la cantidad de miradas femeninas que se posaron en él.

Pero ninguna de esas miradas fue de Sophie Thomson.

No, porque ella estaba ocupada bailando con alguien.

Jack contempló al hombre que se movía al mismo compás que ella. Tenía el cabello rubio y peinado hacia atrás, iba vestido de punta en blanco y, si no recordaba mal, era el duque de Wellington, uno de los tipos más bien considerados de la ciudad, todo lo opuesto a él.

La miraba embelesado, aunque, a su favor, Jack debía admitir que no era sencillo mostrarse indiferente ante la presencia de una joven tan fascinante como Sophie. Resultaba coqueta y seductora sin pretenderlo ni forzarlo y sus movimientos eran gráciles y delicados, pero a pesar de ello también poseía una gran fuerza interior, carácter, algo de lo que carecían la mayoría de las damas de Londres que solo aspiraban a encontrar un marido rico.

—Parece que estés a punto de saltar sobre él.

—Cállate ya, Sebastian —gruñó entre dientes.

—Yo solo resalto lo evidente —replicó.

Jack se dio la vuelta para dejar de mirarla.

—¿Para qué querías que viniese, entonces?

Sebastian se puso serio por primera vez en mucho tiempo. Él conocía bien a su amigo y, como siempre estaba bromeando, eran pocas las ocasiones en las que se lo tomaba en serio. Pero aquella era una de ellas, porque, por primera vez, Sebastian parecía preocupado.

—Quería que vieses con tus propios ojos que ella no te conviene. Solo es una chica más. Mírala, hay mil mujeres más guapas en la ciudad, no es para tanto. Y, además, apenas has estado con ella un par de veces. Te digo todo esto porque no quiero que te traiga problemas y porque es evidente que ella pertenece a otro mundo. A este mundo.

Jack sabía bien a qué se refería, pero eso no hacía que la deseara menos. Casi al revés. Lo único en lo que podía pensar era en arrancarla de los brazos de ese idiota.

—No me termina de convencer esa teoría.

—Tú mismo la apartaste de ti. Eso dijiste.

—Porque pensé que la olvidaría, pero...

—No hagas ninguna tontería, Jack.

—No terminamos lo que empezamos.

Y tras aquella prometedora frase, dejó la bebida a un lado y se abrió paso entre los asistentes al baile que lo miraban con cierta desconfianza y fascinación al mismo tiempo. Sí, eso era. Sophie y él no habían terminado lo que habían empezado, esa especie de juego que habitualmente terminaba con él entre las piernas de una mujer, y por eso se sentía así, con ganas de más, de probarla de una vez por todas. Y Jack Gallard iba a por lo que quería.

Sophie se obligó a mantener la vista fija en Samuel Wellington mientras se movían dando vueltas por el salón de baile. Escuchaba comentarios alrededor, pero no quería apartar la mirada del punto fijo de aquella frente en la que caían mechones rubios porque sabía que, si lo hacía, terminaría viéndolo a él. Y eso era más de lo que podía soportar.

Se había quedado sin respiración al verlo llegar minutos atrás.

Iba acompañado por un tipo alto y de aspecto frío, pero Jack parecía todo lo contrario mientras se servía una bebida antes de mirarla: un volcán en erupción.

—¿Te encuentras bien, querida? —le preguntó Samuel.

—Sí, solo estoy... un pelín sofocada... —contestó.

Sintió su presencia antes de girar siquiera el rostro.

—¿Me permites este baile? —Su voz ronca la llenó.

Samuel dudó, pero antes de que ella pudiese decir que no y ante su silencio, no dijo nada cuando Jack lo hizo a un lado y ocupó su lugar con total naturalidad. Sophie notó las mejillas sonrojadas mientras los cuchicheos se iban abriendo paso en el salón. Podía imaginar lo que estarían diciéndose al oído: una Thomson bailando con el diablo de Londres.

Ella tragó saliva y recordó lo que había ocurrido la última vez que se vieron.

—Si no me sueltas ahora mismo, montaré un escándalo.

—Entonces es una suerte que me encanten los escándalos.

Jack la apretó contra él más de lo adecuado según las normas de protocolo y, sin dejar de moverse al son de la melodía, la alejó con suavidad hacia una de las esquinas del salón.

—Suéltame, maldito bastardo —siseó ella.

—Pensé que te alegrías más de verme, dado nuestro último encuentro.

—Eso fue un error —aseguró ella—. Un error por el que me lamentaré toda mi vida.

—¿De veras? —Jack apretó los dientes. Debería sentirse aliviado, pero por el contrario estaba más enfadado que nunca, con el corazón latiéndole con fuerza al tenerla tan cerca de su cuerpo y, a la vez, sentirla tan lejos de su alcance—. No sé por qué no te creo.

—El ego no es una virtud —apuntó Sophie.

Y tras dar una media vuelta más, cuando Jack la acercó de nuevo hacia su cuerpo, Sophie dejó caer su zapato puntiagudo sobre el de él, pisándolo a propósito.

—¡Joder! ¡Serás...! —Sus ojos negros centellearon.

Sophie lo ignoró y le sostuvo la mirada alzando la barbilla con orgullo. Jack odió ese gesto, porque era exactamente como lo contemplaban el resto de la gente que estaba en aquel baile y que no aprobaba su presencia allí. La sujetó por el codo y, en un descuido, mientras el anfitrión de la noche daba las gracias por haber acudido a la celebración de su cumpleaños, Jack aprovechó para tirar de ella y sacarla de la sala.

—¿Pero qué haces...? Maldito estúpido —resopló.

—Cállate de una vez —le ordenó sin dejar de andar por un pasillo oscuro que conducía a quién sabe dónde—. ¿Quieres llamar la atención de todo el mundo?

—Mejor eso que respirar el mismo aire que tú.

Jack la hizo pasar a una habitación que, en realidad, era una especie de alacena para guardar los víveres y apenas cabían allí dentro más de dos o tres personas sin pegarse entre ellas.

—En serio, Jack. Tengo que volver a la fiesta...

—No parecías tener tanta prisa la primera noche que nos encontramos en esa terraza. De hecho, si mal no recuerdo, tuve que pedirte que te marchases. Por tu propio bien.

Sophie no supo a qué se refería con eso de “*por tu propio bien*”, lo único que recordaba de aquel día era que él se había despedido de un modo brusco, como si su presencia lo molestase, y que por eso le había sorprendido tanto recibir su invitación a la mañana siguiente.

—Me están esperando en el salón...

—¿Te están esperando? —insistió.

—Sí. Él me estará buscando.

Contuvo el aliento cuando Jack dio un paso al frente y se pegó más a ella. Su pecho fuerte y duro la apretó contra la pared y Sophie sintió que su aroma

masculino la envolvía y le nublaba los sentidos. Olía increíblemente bien, a un jabón suave y delicioso. Pensó que, si todos los hombres de Londres oliesen como él, la vida diaria sería mucho más difícil porque era, sin duda, una tentación andante. Ella intentó en vano sobreponerse.

—¿El tipo con el que bailabas antes? —le preguntó.

—El mismo. Estará echándome de menos...

—¿Qué relación tienes con él?

—Nos estamos conociendo.

—Es el duque de Wellington.

—Sí. Lo sé. ¿Cuál es el problema?

Jack la miró fijamente y sin pestañear. Apenas había luz en la alacena, tan solo la que entraba por la ranura de la puerta. Los dos tenían la respiración agitada y la tensión que se palpaba allí dentro casi se podría haber cortado con un cuchillo afilado.

—¿Estás enamorada de él?

La pregunta clave. Y Sophie solo tenía que responder, algo que parecía sencillo, pero que para su sorpresa no lo era. Sin embargo, el enfado, la rabia y el desdén, ayudaron. Llevaba dos semanas pasándolo mal recordando las palabras del hombre que tenía delante y no pensaba darle la satisfacción de comportarse como una dama tonta.

—Sí. Así es —dijo con firmeza.

Notó que Jack se inclinaba más.

—¿Por qué? ¿Ya te ha besado...?

—Sí —mintió de nuevo—. Y tenías razón la otra vez. Desde luego, no todos los besos son castos. El duque Wellington me lo ha terminado de confirmar.

Jack gruñó por lo bajo, mirando a la criatura que estaba aprisionando contra la pared sin ningún tipo de decoro. Debería soltarla y dejarla marchar,

pero de repente eso no era una opción. Él, que la había alejado cuando la tenía en la palma de su mano, ahora rugía de celos. ¿Y desde cuando tenía celos Jack Gallard? Desde nunca, en teoría. Pero ahí estaban, consumiéndole lentamente, trepando por su estómago y formando un nudo en su garganta.

—¿Así que besa mejor? —Tanteó mientras se inclinaba peligrosamente hacia ella hasta el punto de que sus bocas se rozaron. Notó que Sophie se agitaba entre sus brazos—. ¿Besa así...? —Succionó su labio inferior—. ¿O más bien así...? —Hundió la lengua en su boca y ella gimió en respuesta antes de agarrarse a sus hombros para sostenerse en pie.

Sophie sintió que la habitación empezaba a dar vueltas.

Quiso alejarlo, pero estaba demasiado confundida.

Su boca era pecado. Su voz un susurro peligroso. Sus manos fuertes se movían por todas partes y podía notar su miembro abultado incluso a través de la ropa.

—No debería... —jadeó nerviosa.

—No, pero quieres. Me deseas.

—No es cierto. —Se apartó de él.

Jack se acercó hasta ella dando dos grandes zancadas. Cogió aire, aún con el pulso latiéndole desbocado y el sabor de ella en los labios. Se rendía. Si el precio para tenerla, aunque fuese durante un tiempo reducido, era aquello, él lo haría.

—Sophie, mírame. —La sujetó por la barbilla para obligarla a clavar los ojos en los suyos y que no pudiese huir—. Te deseo como no he deseado a nadie en toda mi vida...

—Pero tú dijiste... dijiste que no era exactamente...

—Te mentí —reconoció sin titubear.

—¿Por qué? —preguntó enfadada.

—Te quería lejos de mí. Por tu bien.

—Ya soy mayorcita para tomar decisiones.

—Por desgracia, no estoy seguro de eso. Pero nunca he sido uno de esos hombres capaces de reprimir tentaciones y tú eres como una manzana deliciosa paseándote delante de mí, así que, a partir de ahora, va a depender de ti lo que ocurra entre nosotros. No volveré a frenarte, ¿me has entendido?, ¿sabes lo que eso significa, Sophie?

Ella tragó saliva con fuerza. Sí, claro que lo sabía. Sabía que lo que Jack intentaba decirle era que, la próxima vez que estuviesen juntos, si ella no le paraba los pies, él terminaría lo que había empezado sin pararse a pensar en si era moral o poco ético.

—Responde, Sophie —le exigió rudo.

—Sí, sé lo que significa —susurró.

Y un segundo después él salió de la alacena y la dejó allí sola, suponía que para evitar que nadie los viese volviendo al salón de baile juntos. Sophie se tomó su tiempo para calmarse y se llevó una mano a los labios, que aún sabían a él. Ojalá no lo desease tanto, pero era evidente que lo hacía, que, como su hermana Anne decía a menudo, quizá los flechazos existían, ¿quién sabe? No es que Sophie fuese una experimentada en el amor y apenas había tenido experiencias con hombres, pero era consciente de que lo que Jack despertaba en ella era fuego, un fuego abrasador que nada parecía conseguir apagarlo, ni siquiera que a menudo se comportase como un idiota o que fuese uno de los hombres peor considerados de Londres.

Acabaría metida en un buen lío...

—El duque te está buscando, ¿dónde te habías metido?

—Estaba en la mesa de las bebidas —respondió Sophie.

Su madre la evaluó unos instantes, pero al parecer pasó por alto los labios enrojecidos por los besos de Jack y el cabello que ella misma se había arreglado antes de salir de la alacena.

—Iré a buscarlo —se apresuró a decir antes de que se percatase de lo nerviosa que estaba o de ese hombre de ojos oscuros que la miraba desde el otro lado del salón.

Samuel Wellington le sonrió cuando la vio acercarse.

—¿Te encuentras bien, querida?

—Perfectamente —le aseguró.

—¿Aceptarías otro baile?

Sophie asintió y luego dejó que el duque la condujese hasta el centro del salón. Se pasó el resto de la velada bailando con él y conversando sobre cosas no demasiado personales. Y, durante todo ese tiempo, los ojos de Jack no se despegaron de ella. Alejado en un rincón y con una copa en la mano mientras su amigo parecía intentar hablar con él, se dedicó a contemplar a la chica que minutos atrás había tenido entre sus brazos, pero que, bajo la luz de las lámparas de araña, bailaba con uno de los hombres más prestigiosos de Londres.

Se sentía sucio. Como si él no fuese suficiente.

No había una sensación que Jack odiase más.

—Deberíamos irnos ya. —Sebastian le apretó el hombro.

—No tenemos prisa —protestó Jack enfurruñado.

—Te lo digo por tu bien. Confía en mí.

Menos mal que Sebastian lo conocía lo suficientemente bien como para tirar de él y sacarlo de allí antes de que terminase cometiendo una locura porque, por la mirada que le dirigía al duque, parecía que estaba a punto de abalanzarse sobre él. Jack no miró atrás antes de salir del salón a la calle y respirar el aire cálido de la noche veraniega. Luego subió hasta su carruaje con el ceño fruncido mientras Sebastian se acomodaba en el asiento de enfrente.

—¿Qué ha pasado? Te has ausentado un buen rato.

—Ya sabes lo que ha pasado —gruñó molesto.

—¿De verdad vale la pena? —preguntó Sebastian.

Y tanto que valía la pena, pensó Jack. Hacía apenas media hora que había saboreado sus labios y ya la echaba de menos como si llevase semanas sin verla. Pero no, estaba ahí dentro de aquel salón bailando en los brazos de un idiota que tenía todo lo que a él le faltaba: prestigio, básicamente. Y hasta entonces se había convencido de que eso le importaba bien poco, eran gilipolleces, él tenía un imperio, fábricas que no dejaban de producir más y más, un maldito club, lo tenía todo. Pero no eso. No la clave de aquello.

—Ya no sé si vale la pena —admitió Jack.

—¿Lo arriesgarías todo por esa mujer?

Jack masculló por lo bajo mientras el carruaje recorría las calles oscuras de Londres. ¿Lo arriesgaría todo? No estaba seguro. Esa noche, una parte de él había deseado que Sophie Thomson fuese suya y solo suya. Su mujer, maldición. Que nadie pudiese tocarla.

¿Qué significaba aquello? Era una locura.

—No sé qué me está pasando —admitió.

—Algunos lo llaman *amor*, amigo.

—¡No digas estupideces! —rugió.

—¿Entonces de qué se trata? —lo retó.

—De deseo. Puedo sentirla si está en la misma habitación, ¿lo entiendes?, ¿alguna vez has experimentado algo así? —Sebastian negó—. Pues es intenso. Tan fuerte que apenas puedo mantener mis manos lejos de ella y no me importan las consecuencias. Lo que necesito es pasar una noche con ella, solo eso, y después la olvidaré definitivamente.

—Si tú lo dices... —resopló Sebastian inseguro.

Su amigo había pensado que después de aquella noche Jack se convencería de que ir detrás de esa dama era la mayor tontería que se le había pasado por la cabeza en toda su vida y eso que había hecho muchas más. Sin embargo, llevarlo a aquel salón de baile para que comprobase que venían de mundos distintos, solo había empeorado la situación.

Y fue peor dos días más tarde.

Jack estaba dando vueltas en su despacho, caminando de un lado a otro sin dejar de pensar en lo que estaba a punto de hacer. A Dios ponía por testigo que había intentado contenerse, aunque evidentemente nombrar a Dios en aquella situación no era lo más correcto, pero la conclusión es que no lo había conseguido. Al revés, estaba a punto de fracasar de lleno.

Porque acababa de mandar a su lacayo con una nota escrita de su puño y letra y dirigida a cierta jovencita rubia de ojos azules en la que no podía parar de pensar.

Sophie terminó de darse un baño y se vistió lentamente.

Sonrió como una tonta al recordar lo que había sucedido dos noches atrás, cuando Jack la acorraló en aquella alacena y la besó como si el mundo fuese a acabarse de un momento a otro. Así que sí que le gustaba... le gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, de hecho. Por eso mismo llevaba dos

días canturreando, alegre como una niña.

—Mamá terminará notando algo —dijo Anne.

—Lo dudo mucho. Solo piensa en el duque.

—Ya. —Anne suspiró—. Entonces, ¿no te besó?

—¿El duque? No. Con Samuel solo bailé, ¿por qué me lo vuelves a preguntar? —La miró perspicaz. Ya le había contado a su hermana todo lo ocurrido durante el baile.

—Por nada. No lo recordaba —mintió.

Sophie la conocía bien como para saber que cuando apartaba la mirada tan rápido, bajaba la cabeza y se le sonrojaban las mejillas, su hermana pequeña escondía algo. Se apartó a trenza que colgaba de su hombro a un lado y se acercó hasta la cama en la que Anne estaba sentada.

—¿Qué ocurre? Pensaba que no teníamos secretos.

—No me pasa nada, ¿por qué lo piensas?

—Anne, no es la primera vez que noto una actitud rara por tu parte cada vez que el duque está cerca o hablamos de él. El otro día tiraste el té, ¿era porque estabas nerviosa? ¿Samuel te ha hecho algo malo alguna vez? Puedes contármelo, soy tu hermana mayor.

—¡No, por supuesto que no!

—¿Estás segura? —insistió.

—Es un buen hombre.

—¿Entonces qué es?

Anne se puso a tirar de un hilo de la manga de su camisón. No parecía por la labor de dejar escapar su secreto fácilmente, no solo porque no quería contárselo, sino porque le daba vergüenza admitir algo así en voz alta, hacerlo del todo real.

—No es nada, Sophie... —susurró.

—Sí que es. Me estás empezando a preocupar, ¿quieres que termine

hablando con él? Sinceramente, no eres una persona que suela caer en dramatismos fácilmente así que...

—¡Estoy enamorada de él!

Un silencio inmenso se coló en la estancia. Sophie parpadeó, confundida e intentando convencerse a sí misma de si había escuchado bien las palabras de su hermana pequeña. *Estoy enamorada de él*, acababa de soltar como si fuese algo de lo más normal.

—¿Bromeas?! Por lo que más quieras, Anne.

—Querías que te lo dijese —se quejó—. Pues ya lo sabes. Me gusta desde la primera vez que lo vi hace meses, cuando empezó a rondar alrededor de ti y a visitarnos para tomar el té. Es el hombre más guapo que he visto en mi vida y es... inteligente y divertido.

Sophie tenía un nudo en la garganta.

—Pero... Pero Anne... la boda...

—Ya. Ya sé que quizá te cases con él.

—¿Ibas a dejar que lo hiciese sin decirme esto que sientes? —La miró horrorizada—. ¿Cómo se te pudo pasar por la cabeza? Soy tu hermana y te quiero.

—Sabes que a los papás les dará exactamente igual.

—No me importa lo que ellos piensen, Anne.

Sophie se llevó una mano a la frente y resopló, agobiada. Algo que no mejoró cuando una de las doncellas apareció en la habitación y, tras llamar a la puerta, entró y las miró.

—Las informo de que el duque de Wellington ha venido de visita.

—Qué momento más oportuno —masculló Sophie por lo bajo.

—Dile que estamos indispuestas o... —dudó Anne insegura.

—No, dile que bajaremos en quince minutos. Quizás un poco más.

—De acuerdo, señoritas. —Cerró la puerta con cuidado.

Sophie miró a su hermana antes de caminar por la habitación sin dejar de pensar en aquella confesión. Así que la pequeña Anne había sido testigo de su cortejo, de las atenciones que Samuel le prestaba y de cada quedada en el salón de té sin decir ni pío. Por una parte, quería abrazarla, porque desde luego tenía a la hermana más considerada y buena del mundo, pero por otra quería zarandearla, porque, ¿en qué estaba pensando al no decirle aquello?

—Me da vergüenza verlo ahora —reconoció Anne.

—No seas tonta, él no sabe nada. Venga, arréglate.

Su hermana salió de su dormitorio y Sophie se quedó sola sin dejar de darle vueltas al asunto. Si la situación ya era mala de por sí teniendo en cuenta que ella se veía a escondidas con un hombre de mala reputación que despertaba mariposas en su estómago, la confesión de Anne no ayudaba en lo más mínimo. Sin lugar a duda, su boda con Samuel Wellington era un imposible. Le daba igual cómo se pusiese su madre, Sophie no pensaba casarse con él. Podría haberlo hecho reprimiendo su propio impulso, ya que desde aquella noche no sabía nada de Jack, pero no sabiendo los sentimientos de su hermana pequeña.

Su doncella terminó de arreglarle el cabello antes de que bajase al salón. Como de costumbre, su madre ya estaba allí charlando animadamente con el duque, al que se le iluminaron los ojos al verla entrar en la estancia. Ella agradeció que Anne todavía no estuviese presente para ser testigo de aquel gesto que no le habría pasado inadvertido.

—Siéntate, querida —le pidió su madre.

Luego le sirvió un poco de té en una taza.

—¿Llueve mucho? —preguntó Sophie mirando por la ventana.

—Sí y parece que se avecina una tormenta —contestó él.

—Le contaba a Samuel lo entusiasmada que estás con el baile de verano.

Sophie frunció el ceño. Sí, el baile de verano, ese que se celebraba todos

los años a mediados de estación y en el que ella no había pensado ni una sola vez. Asintió tras beber un sorbo e intentó sonreír para disimular las ganas que tenía de irse de allí, sobre todo cuando, dos minutos después, su hermana Anne apareció en la estancia.

—¡Buenos días! Quiero decir, buenas tardes, esto...

—Anne, siéntate —le ordenó su madre malhumorada.

Ella obedeció con las mejillas aún encendidas mientras Samuel la miraba con una sonrisa, como si su torpeza le hiciese gracia en lugar de cabrearlo. Así pues, en medio de la tensión de la estancia, estuvieron charlando durante diez o quince minutos más hasta que, de repente y sin previo aviso, la señora Thomson se puso en pie y le indicó a su hija pequeña que la acompañase fuera. En resumen: quiso dejarlos a solas a propósito, algo desde luego poco respetable, pero que a su madre no se lo parecía cuando se trataba del duque.

Samuel se puso en pie y caminó hasta la ventana. Ella lo imitó, aunque se quedó parada en medio de la estancia mientras se frotaba las manos con nerviosismo.

—Tu madre parece una mujer de ideas claras.

—Oh, sí, lo es, cuando algo se le mete en la cabeza...

—Entiendo. —Samuel sonrió—. ¿Te llevas bien con ella?

—Sí, claro que sí. —O algo así, como cualquier madre e hija que no compartían los mismos valores en la vida, quiso decirle—. Aunque mi mejor amiga es sin duda mi hermana.

—¿Anne, se llama? —Se apartó de la ventana.

—La misma. Es encantadora. Brillante.

—Ya. —Samuel fijó sus ojos en ella mientras avanzaba hasta situarse a su lado en el centro de la habitación del té. Alargó una mano y le rozó la mejilla. Ella cerró los ojos ante el contacto y por un instante deseó sentir algo, aunque fuese un escalofrío, tan solo para cerciorarse de que no estaba enamorada de

Jack Gallard, pero solo notó el tacto frío de sus dedos en la piel—. Tú sí que eres encantadora. Tan bella...

Sophie deseó poder decir algo, pero estaba paralizada.

Y lo estuvo más cuando él se inclinó y sus labios rozaron los suyos. Sophie dio un paso atrás de inmediato y se llevó una mano al pecho, respirando agitada.

—Esto... es muy poco apropiado... —logró decir.

—He tenido mucha paciencia contigo, Sophie.

Ella frunció el ceño y luego bajó la mirada mientras él la sujetaba de la barbilla con los dedos para obligarla a que la alzase de nuevo. Sus ojos azules estaban cargados de determinación, aunque, en ese instante, Sophie no supo lo que aquello implicaba.

—Aún... no ha terminado la temporada...

En realidad, deseaba decirle que no iba a casarse con él, pero ¿cómo hacerlo ahí con su madre seguramente esperando fuera ansiosa por ver si su idea de *intimidación* había surgido el efecto deseado? Sophie ni siquiera sabía cómo afrontar aquella situación. Hacía menos de media hora que su hermana le había confesado aquello y no podía quitarse a Jack de la cabeza y estaba tremendamente confundida como para decidir bien qué hacer.

—Reconozco que me pierde la impaciencia —dijo él.

—Si me disculpas, necesito ausentarme un momento.

Eso fue lo mejor que se le ocurrió para salir corriendo.

Al hacerlo, casi a trompicones, tropezó con el mayordomo en el recibidor principal, al pie de las escaleras de caracol, que le sonrió con amabilidad y cariño, como siempre.

—Señorita, ha llegado esto para usted. —Le tendió una carta que ella cogió.

—Gracias, Thomas —le dijo antes de subir las escaleras.

Probablemente su madre pondría el grito en el cielo si se enterase de que acababa de huir del duque, pero ella pensó que, dada la situación, él se abstendría de decir nada al respecto. Cuando llegó a su dormitorio, tenía un nudo en el estómago y las lágrimas pugnaban por salir. ¿Qué iba a hacer? Se sentía entre la espada y la pared, agobiada.

Se dejó caer en la cama y enterró el rostro en la almohada.

Minutos más tarde, cuando dejó de llorar, recordó la carta que le había dado el mayordomo. Pensó que sería de alguna amiga, pero no, en cuanto la abrió el corazón le latió con fuerza al ver las siglas de Jack Gallard al final de la nota.

Escápate esta noche, Sophie.

Un carruaje te estará esperando.

J.G

La releyó varias veces como si esperase encontrar algo oculto entre aquellas tres líneas, pero por supuesto no había nada. ¿Escaparse esa noche? Jack se había vuelto loco. Si sus padres la pillaban... la mandarían a vivir al campo durante el resto de su vida. Aunque, por otra parte, más loca estaba ella, que se estaba planteando la opción de hacerlo. Sabía que antes de las doce todos los criados estaban ya en sus camas y los ronquidos de su padre se escuchaban por toda la mansión. Se mordió el labio inferior, dubitativa.

Pero quería verlo. Ahora más que nunca.

8

Esa noche, Jack no pudo contenerse y él mismo fue a buscarla acompañado por su lacayo más fiel y discreto. Esperó en el interior del carruaje hasta que la puerta de este se abrió y el rostro de Sophie se iluminó bajo la luz de la luna. Él la observó mientras ella entraba y se acomodaba en el asiento de enfrente antes de bajarse la capucha que llevaba puesta.

—Hay demasiada distancia entre nosotros —gruñó él.

—¿Y dónde se supone que quieres que...? ¡Ah, Jack!

Él no dejó que terminase la frase antes de cogerla y sentarla sobre sus rodillas. La sujetó por las mejillas y devoró su boca como había deseado desesperadamente durante aquellos dos largos e interminables días. Era una adicción peligrosa. Sophie jadeó.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó.

—En realidad, ya apenas recordaba quién eras.

Sophie se echó a reír y él volvió a besarla con fuerza.

—Eres una chica desvergonzada y voy a tener que castigarte.

Ella tragó saliva ante aquella promesa, porque sabía a qué se refería Jack, podía leerlo en sus ojos oscuros y en los labios entreabiertos y húmedos por su saliva.

—Jack... —gimió algo tontada.

—Si vuelves a decir mi nombre así, terminaré desnudándote aquí mismo, en el carruaje, antes de que lleguemos a nuestro destino. Y no queremos eso ¿verdad?

—¿Verdad? —Dudó ella mientras él acariciaba el contorno de su pecho.

—No me tientes, Sophie —le susurró al oído.

Ella sonrió. Mientras avanzaban por las calles, aprovechaban cada ocasión para besarse y en ese instante, con los labios de él sobre los suyos, Sophie se dio cuenta de que estaba enamorada. No era un decir. Se había metido en la boca del lobo como, seguramente, muchas otras chicas hicieron antes que ella. ¿Cuántos corazones habría roto Jack...?

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

—En nada. En que te deseo... —dijo ella.

Jack acogió su boca de inmediato y no la soltó hasta que el carruaje empezó a frenar y se tomaron unos segundos para colocarse bien las ropas. Él bajó primero del carruaje y la ayudó a apearse después. Sophie alzó la mirada y frunció el ceño de inmediato.

—¿Dónde estamos? Pensaba que me llevabas al club.

Yo también lo había pensado en un principio, quiso decirle Jack en ese momento, pero apretó los labios y tiró de su mano con firmeza. Inicialmente, había planificado llevarla al club y hacerle el amor en aquella habitación en la que él medio vivía, pero, una vez dentro del carruaje, había cambiado de opinión y le había indicado al lacayo que tomase otro rumbo.

Por alguna razón, quería tenerla en su casa.

Esa casa a la que nunca invitaba a nadie.

Tan solo Sebastian era bien recibido allí por él. Jack pasaba poco tiempo en la propiedad, aunque era uno de sus bienes más queridos por él. Estaba ubicada en una calle prestigiosa y lo hacía disfrutar viendo a esos vecinos con título que no aprobaban su presencia. Pues bien, por mucho que a ellos les molestase, él no pensaba marcharse de allí. Al revés, habían conseguido que adorase aquella propiedad adosada de ladrillo.

Jack le colocó bien la capucha para que nadie pudiese verla e imaginó que, en caso de que hubiese algún indiscreto observándolos, pensaría que era una fulana o algo por el estilo teniendo en cuenta que nadie imaginaría que la

chica que lo acompañaba era Sophie.

Ella se mostró impresionada cuando cruzaron el umbral de la puerta.

La propiedad era preciosa y se había decorado con mimo y detalle, lo último que habría imaginado de un hogar de Jack Gallard. Era comfortable. Ella había pensado que su casa sería fría u ostentosa como el carruaje que enseñaba al mundo, pero nada más lejos de la realidad. Se trataba de un espacio amueblado con muy buen gusto. Sonrió.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó él quitándole la capa.

—No era lo que me esperaba. Parece un hogar de verdad.

—Esa era la intención, que fuese un hogar —contestó él y, por el tono de su voz, Sophie se dio cuenta de que, por alguna razón desconocida, el concepto del hogar era importante para él—. ¿Quieres tomar algo? ¿Una copa? —le preguntó.

—De acuerdo. Algo suave —pidió.

El salón tenía la chimenea encendida y una alfombra mullida y gruesa cubría el suelo. Sophie estuvo mirando uno de los cuadros que había en la pared mientras él preparaba dos copas de licor, una de las cuales puso en su mano poco después.

—¿Por qué ese cuadro? —le preguntó.

—¿Y por qué no? —Jack sonrió.

—Es un león. Y parece enfadado.

—No está enfadado, tan solo alerta.

—¿Así es como tú te sientes? —adivinó.

Jack ignoró la pregunta y se bebió el licor de un trago. No le gustaba que Sophie Thomson pudiese leerlo tan bien con lo mucho que él se esforzaba para que la gente no pudiese hacerlo. Era una cuestión de supervivencia. Abrirse ante los demás solo traía desgracias.

Él la rondó, girando alrededor de ella como si fuese su presa y, en efecto,

Jack acabase de convertirse en un despiadado león con ganas de divertirse.

—Así que ese duque va detrás de ti... —dijo mientras le acariciaba la nuca con la yema de un dedo y bajaba despacio hasta la clavícula que el vestido dejaba a la vista.

—Eso parece, sí —admitió bajito, apenas podía respirar.

—¿Y te gusta esa atención? ¿Te complace?

—Te aseguro que no. Esta misma tarde...

Se calló de inmediato, porque la mirada de Jack no auguraba nada bueno. Sus ojos estaban fijos en ella, expectantes, mientras las yemas de sus dedos seguían acariciándole el contorno de los pechos que dejaba aquel escote con forma ovalada.

—Sigue. Esta tarde, ibas a decir...

—Me besó y te puedo asegurar que no me...

Pero no pudo terminar de decir la frase. Jack cubrió sus labios con fiereza, como si deseara borrar cualquier rastro anterior. La idea de imaginar a ese hombre besándola como él lo estaba haciendo lo sacaba de sus casillas. Y era estúpido, porque Jack nunca había sido celoso. En absoluto. A menudo, incluso Sebastian había estado con mujeres que ya habían pasado por su cama y no le había molestado que así fuese. Les tenía cariño y nada más.

Pero con Sophie era diferente. Quería que fuese suya.

Que fuese suya y de nadie más. Solo de él.

—Jack... —jadeó en su boca, alterada.

—Date la vuelta —le ordenó impaciente.

Ella obedeció y él pudo así desabrocharle el vestido. Se lo quitó con rapidez, dejando caer la pesada tela al suelo y contemplando su cuerpo cubierto por la camisola y la ropa interior. La deseaba con tanta fuerza que apretó los puños para no desnudarla del todo de un tirón.

Sophie se giró y lo miró fijamente, parecía asustada.

Odió verla así por ser tan brusco...

—Ahora tú —le pidió temblorosa.

Jack obedeció. Se quitó la ropa despacio mientras ella recorría su cuerpo con los ojos como si intentase memorizar cada centímetro de su piel. Nunca se había sentido tan expuesto delante de una mujer. Ni tan excitado, ya puestos. Los ojos de ella se fijaron en sus pantalones abultados cuando terminó de quitarse la camisa y su cuerpo quedó al descubierto.

—Ven aquí —murmuró él.

Sophie dio un paso al frente y dejó que los brazos de él la rodeasen. Jack tenía ganas de quitarle de un tirón el resto de la ropa, de recorrerla con la lengua de arriba abajo y de demostrarle los límites del placer, pero al verla tan asustada, aún temblando, supo que iba a ser incapaz de comportarse como un diablo con su reputación lo haría.

—¿Me tienes miedo? —le preguntó.

—No, no es eso. Estoy nerviosa.

—Ya me imagino...

Jack le besó de nuevo y descendió por su cuello antes de despojarla de la camisola. Agachó la cabeza y cubrió con la boca la cima de uno de sus pechos consiguiendo que Sophie soltase un gemido. Él sonrió y se felicitó mentalmente por haberles dado aquella noche libre a todos los criados, porque quería a Sophie solo y exclusivamente para ella, como un banquete delicioso que quería devorar y degustar fijándose en todos los sabores.

—Quiero tocarte —le pidió ella.

Él respiró hondo, cogió su pequeña mano y la condujo con delicadeza hasta su erección, que palpitaba aún dentro de los pantalones. Gruñó cuando ella lo palpó con los dedos.

—¿Duele? —preguntó insegura.

—No, joder, no. Sophie...

Contuvo el aliento cuando ella le bajó la ropa y dejó su miembro al descubierto. Al ver cómo lo acariciaba y lo sostenía con su mano, Jack pensó que podría terminar ahí mismo si no lograba controlarse un poco. Respiró hondo, aunque dejó que ella saciase su curiosidad.

—No puedo más... —rugió por lo bajo.

Luego la besó. Sus manos vagaron por su cuerpo y la despojaron de la ropa interior que le quedaba, dejándola totalmente desnuda antes de tumbarla sobre la alfombra del salón. El calor de la chimenea los envolvía y formaba siluetas en la piel de Sophie. Él la recorrió con la boca, primero besando sus tobillos y subiendo por los muslos. Nunca en toda su vida había deseado tanto darle placer a otra persona, a una mujer.

—Jack... eso no... eso...

Balbuceó insegura cuando él le separó las rodillas y le dirigió una mirada perversa y una carcajada de intenciones antes de que su boca descendiese sobre el vértice de su sexo. Sophie gritó. Ni en un millón de años hubiese imaginado que podría existir algo así. La lengua de Jack era pecado y se movía con destreza conduciéndola al borde de un placer indescriptible, uno que provocaba que las piernas le temblasen y que todo su cuerpo ardiese en llamas.

—Abre los ojos, Sophie —le ordenó.

Cuando ella lo hizo, las caricias de él se volvieron más rápidas y esa boca implacable la llevó al límite, provocando que gritase de placer mientras su cuerpo se sacudía.

Él sonrió al ver cómo se corría y después ascendió por su cuerpo como un león aún hambriento, dejando pequeños besos en su abdomen y en la cima de sus pechos antes de encontrar sus labios entreabiertos. Tumbado sobre ella, con sus sexos rozándose, le quitó las horquillas que llevaba en el pelo y que sujetaban su cabello rubio, que luego cayó sobre sus hombros como una

cascada de oro. Se miraron en silencio.

—Necesito sentirte —susurró ella ardiendo.

Jack farfulló algo por lo bajo antes de separarle más las piernas y empezar a hundirse en ella despacio. La besó, le susurró palabras tiernas al oído y sintió su corazón quebrarse cuando ella se quejó por culpa del dolor. Se quedó quieto en su interior.

—Ya está, ya pasó. Sophie, mírame.

—No quería que parases —murmuró.

Él tampoco, pero no había podido evitarlo. Verla sufrir era doloroso. Cuando la certeza de ese pensamiento lo atravesó, supo que lo que sentía por Sophie no era un mero encaprichamiento. No se cansaría de ella al día siguiente. No la olvidaría.

Empezó a moverse despacio, conteniéndose y apretando los dientes, porque su instinto le gritaba que la tomase con fuerza, algo que poco a poco fue a más, conforme el cuerpo de ella se amoldaba al de él y los quejidos de Sophie terminaron transformándose en gemidos ahogados de placer, con su cuerpo arqueado bajo el suyo y sus manos en sus nalgas instándole a que la embistiese más deprisa y más profundamente.

Cuando la escuchó alcanzar el orgasmo, Jack no pudo aguantar más y se vació en su interior con un gruñido que no pudo reprimir y que ahogó en su cuello.

—Joder... —siseó agitado—. Maldita seas, Sophie.

Lo dijo porque fue plenamente consciente de que ella iba a ser su perdición, la chica que tiraría por la borda todos esos años en los que se había negado a encariñarse de ninguna mujer. Y ahora ahí estaba, como un pelele, apartándole el cabello rubio sudoroso de la frente y besándole las mejillas antes de alcanzar una manta del sofá y cubrirla con ella.

La abrazó mientras intentaba calmarse.

El corazón le latía a toda velocidad.

Pasados unos minutos de completo silencio en los que solo sus respiraciones se oían en el salón, ella se giró y lo miró fijamente con esa curiosidad y sinceridad que lo desarmaba.

—Así que... —dibujó círculos sobre su pecho desnudo—. ¿Aquí es donde sueles traer a tus conquistas? —preguntó sin apartar la vista de él, que sonrió de inmediato.

—¿Celosa? —tanteó.

—No, solo quería saber...

—Nunca he traído aquí a nadie —la cortó él.

Sophie tragó saliva con fuerza y dejó de mirar aquellos ojos negros, porque sentía que la abrasaban por dentro. Jack era demasiado intenso, todo él. Las llamas crepitaban.

—¿Y qué significa eso? —Quiso saber ella.

—Significa que no quería llevarte al club. Y significa que quiero tenerte para mí solo —dijo dándose la vuelta y colocándose de nuevo sobre ella—. Dile a ese duque que no te interesa.

Ella frunció el ceño. Por supuesto que Samuel no le interesaba, pero no iba a decírselo solo porque él se lo ordenase, desde luego iba a decírselo porque tenía en cuenta los sentimientos de su hermana pequeña y porque, además, ella no quería casarse con él.

—¿Y en qué me convertiré? —preguntó dubitativa.

—Mi amante —Él le acarició un pecho—. La única.

—¿Tu amante...? Mis padres me matarían.

—Al infierno con ellos. Te lo daré todo, Sophie. Te compraré las joyas más caras, los vestidos más impresionantes y tendrás un sueldo para tus gastos.

Se lo daría todo menos su corazón, pensó Sophie.

Le sonrió con tristeza, mirándolo. Se dio cuenta de que Jack había tenido razón desde el principio: era el demonio, para bien o para mal. Eso tenía sus consecuencias. Un hombre caballeroso y apropiado le habría pedido matrimonio. Él, en cambio, le pedía que fuese su amante. No era una diferencia pequeña que pudiese pasar desapercibida.

Sophie se apartó un poco y suspiró hondo.

—No voy a ser tu amante, Jack.

—¿Por qué no? ¿No soy lo suficientemente bueno para ti?

Ella lo miró sin comprender. Al parecer, él tenía una opinión tan mala de sí mismo como la del resto de Londres. No entendía por qué se veía así. Lo miró con ternura.

—Sabes que no es eso. Simplemente no quiero tu protección ni tu dinero ni tus joyas.

Jack se quedó mudo, porque, si renunciaba a todo aquello, ¿qué le quedaría, entonces? Dinero era todo lo que él podía ofrecerle, eso por lo que llevaba esforzándose toda su vida.

—¿Qué quieres, entonces? —masculló enfadado.

—Nada. Quizás nos veamos alguna que otra vez más y disfrutemos pasando un rato juntos.

—¿Esos son tus planes de futuro? —gruñó indignado.

—Sí. Lo más probable es que termine viviendo en el campo cuando me haga más mayor. Tengo una tía soltera que se quedó con la casa de mis abuelos y...

—No vas a irte al maldito campo.

Sophie no entendía su enfado ni su indignación. Y él no entendía que ella no deseara ser su protegida a cambio de acostarse con él. Sophie había tomado esa decisión libremente, porque lo deseaba y era evidente que Jack jamás accedería a casarse con ella. Por suerte, Sophie empezaba a pensar que

era mejor pasarse la vida soltera que casarse con un hombre que no deseaba, porque no se imaginaba aquello que había hecho con Jack junto a algún otro, sus cuerpos juntos y sus pieles erizándose ante el mínimo roce.

—Háblame de ti —le pidió cambiando bruscamente de tema, algo que a él lo pilló un poco por sorpresa—. ¿Dónde te criaste? ¿Llevas mucho viviendo en la ciudad?

Jack dudó, porque quería seguir discutiendo aquel asunto, pero pensó que podría continuar insistiendo luego: porque eso lo tenía claro. No dejaría escapar a Sophie.

—Casi toda mi vida. Mi madre era irlandesa, mi padre inglés. Un hombre importante, al parecer, que dejó preñada a la doncella de su mujer y luego decidió despedirla al enterarse.

—Dios mío, Jack...

—Así con las cosas.

—¿Sabes quién es?

—Le pedí a mi madre que no me lo contase. Sé que vive en Londres y que asiste a la mayoría de esas fiestas en las que se reúne ese tipo de gente. —Gente como tú, quiso añadir, pero no lo hizo—. Así que cuando miro a esos hombres mayores con su cabeza alta y digna, pienso que cualquiera de ellos podría ser mi padre y me asquea tanto darme cuenta del mundo superficial en el que viven, que me alegro de que me consideren un demonio.

Esa era su verdad, la que se repetía cada día al levantarse.

Porque le resultaba irónico que a él o a Sebastian los considerasen así cuando hombres como aquellos tiraban a la calle a pobres mujeres embarazadas y sin recursos.

—Es terrible. —Ella lo miró indignada—. ¿Y tu madre...?

—Murió cuando yo tendría unos siete u ocho años. Y a partir de ahí empezó todo.

—¿Qué fue lo que empezó? —preguntó ella con curiosidad.

—Siempre quieres saberlo todo... —Jack sonrió.

—Si es sobre ti, sí. Cuéntamelo, vamos.

—Mi madre murió, así que me quedé en la calle. No tenía a nadie. —Sophie sintió que su corazón se encogía al escuchar aquello—. Me moría de hambre y lo único que conseguí al robar una manzana un día fue que me diesen una paliza que me dejó en las últimas. Pero, por suerte, Sebastian me encontró. Según cuenta él, estaba en un callejón malherido y sucio, así que me cogió y me llevó a su casa. Si es que a cuatro paredes en las que se escondían ocho o nueve niños puede llegar a considerarse una casa, propiamente dicha.

Sophie tragó saliva y le acarició la mejilla.

El gesto fue pequeño, pero lo suficiente reconfortante como para que Jack se atreviese a continuar hablando. Hasta entonces, estaba acostumbrado a despertar en las mujeres odio, deseo, lujuria o diversión, pero no esa ternura con la que Sophie lo miraba atentamente.

—Eran una banda y se mantenían juntos para sobrevivir. Sebastian me enseñó todo lo que debía saber sobre las calles de Londres. Yo era delgado y escurridizo de pequeño, así que no tardé en aprender a hacer mi papel. Con el paso de los años, muchos de los niños que nos acompañaban fueron muriendo. La vida en la calle es dura: enfermedades y, los que las superaban, terminaban a menudo entre rejas.

—Ni siquiera alcanzo a imaginarlo.

Antes de que Jack pudiese apartarse, ella lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho sin apartar la vista de las llamas. Quería decirle con aquel gesto que lo respetaba y que sentía que hubiese tenido que pasar por todo aquello cuando solo era un niño.

—No pretendo dar pena a nadie —se quejó.

—Jack, no me das pena. No seas gruñón. —Sophie se incorporó un poco para poder mirarlo. Tenía el ceño fruncido y los ojos oscuros fijos en ella—. En realidad, me siento orgullosa de ti, que hayas podido lograr todo lo que tienes a pesar de tus orígenes.

Él la contempló durante unos segundos para intentar adivinar si ella se estaba burlando o decía la verdad. Pero no. Sophie tenía los ojos vidriosos, como si hubiese estado a punto de llorar al escucharlo, y él se estremeció de alivio antes de sujetarla por la nuca y besarla de nuevo, colocándose sobre ella. En esta ocasión, no fue tan delicado al separarle las rodillas para hundirse en ella y embestir su cuerpo con esa necesidad que palpitaba en su interior. Sophie no se quejó. Esta vez el placer los acompañó a los dos desde el principio, en un vals silencioso roto por sus gemidos que terminó con una larga sacudida de placer.

—Vas a ser mi amante. Te lo daré todo.

—No puedes dármelo todo —dijo ella.

—Claro que sí. ¿Qué es lo que quieres?

—Hay cosas que no se pueden comprar, Jack.

—Todo tiene un precio —insistió tozudo e impaciente.

—Los sentimientos no. Lo sentimientos no tienen precio.

Se sentía pletórico, lleno de energía.

Jack no podía explicar qué significaba esa sensación que lo acompañaba desde hacía dos noches, cuando por fin Sophie Thomson había sido suya sobre la alfombra de su salón, esa que ahora miraba con otros ojos cada vez que entraba en la estancia. Y esa sobre la que quería volver a poseerla sin descanso una y otra vez, aunque, por su propio bien, había dejado pasar aquellos días con la esperanza de que, al hacerlo, ella recapacitase sobre su relación.

Los sentimientos no tienen precio, había dicho Sophie segundos antes de ponerse en pie y empezar a vestirse, mientras él aún la miraba atontado desde el suelo, deseando volver a hacerle el amor una tercera vez y una cuarta y una quinta. ¿Por qué no? Era más que evidente que lo deseaba puesto que ella había perdido su virtud por él, así pues, ¿qué los separaba?

Jack no era tonto y sabía que muchas cosas.

Como sus padres. Como la sociedad.

Pero aún así la quería para él. Por eso, cuando esa misma mañana Sebastian apareció en su despacho con el semblante extrañamente serio, Jack tuvo el mal augurio de que había ocurrido algo desagradable. Esperó mientras su amigo se sentaba en la silla de enfrente y dejaba encima del escritorio la columna de aquel día, esa que repartían diariamente por la ciudad y que escribía una tal *Daisy X* que se mantenía en el anonimato, aunque trabajaba para una de las imprentas más conocidas de Londres.

Él la cogió y lo leyó. Se quedó sin respiración.

—¿Estás bien? ¿No sabías nada de eso...? Jack.

—¡Maldita sea! —Se puso en pie bruscamente e instantes después volaron por los aires algunos papeles y objetos que tenía encima del escritorio—. No puede ser posible.

Volvió a coger la columna y empezó a leerla de nuevo: *“Esta misma mañana la familia Thomson nos ha informado de que, definitivamente, Sophie Thomson y Samuel Wellington contraerán matrimonio el próximo otoño. ¿Inesperado? Francamente, no. Pero no por ello deja de ser uno de los acontecimientos más fascinantes que se sucederán en la ciudad en breve. Algunas fuentes apuestan que el vestido podría ser diseñado por Marianne Lorraine en su exclusiva tienda de moda del centro y...*

Jack arrugó la hoja y luego la despedazó con las manos.

Ahora sí que era un león. Un león enjaulado.

—Tengo que hablar con ella —masculló.

—¿Estás loco? ¿Y qué piensas hacer, irrumpir en la mansión de los Thomson?

—Eso, amigo mío, es exactamente lo que voy a hacer, sí.

Y sin más preámbulos ni darle tiempo a Sebastian para poder dialogar con él como una persona normal, Jack salió de su despacho como un vendaval, con una mirada tan peligrosa que ninguno de los que osaban cruzarse con él en el club le dirigieron siquiera el saludo por miedo a recibir algún grito inesperado por su parte.

—Hazme caso, cometes un error, Jack...

—Suéltame —ordenó ya en la calle.

—Pero ¿qué te ocurre con esa chica?

—Me ocurre que es mía —siseó—. Y me ocurre que...

Me ocurre que la quiero, dijo una voz en su cabeza. Por primera vez en toda su vida, Jack podía imaginarse junto a una mujer, no en una relación esporádica y corta, sino compartiendo sus días con ella. Se imaginaba

desayunando con ella y riéndose de sus ocurrencias. Y se imaginaba regresando cada noche para hacerle el amor en el dormitorio...

—Estás alterado. Tómate una copa y ve luego.

—No lo entiendes, ¿verdad? —gruñó.

—Creo que empiezo a hacerlo.

Sebastian supo entonces que no podría hacer nada para detener a su amigo. Jamás hubiese imaginado que terminaría a los pies de una de esas damas de las que él siempre se había burlado, porque a Jack no le gustaba la gente con título, los que lo tenían todo por nacimiento y sin esfuerzo alguno, y sin embargo allí estaba, a punto de ir a buscarla al enterarse de que iba a casarse con otro. De modo que Sebastian se limitó a darle una palmada en el hombro.

—Buena suerte, amigo —se despidió.

Jack no contestó, tan solo subió en el carruaje y deseó que el recorrido fuese más corto, porque cada minuto que pasaba sentía que la furia se enroscaba en su cuerpo. Lo último que habría imaginado era algo así. ¿Pensaba casarse con el duque después de estar dos días atrás entre sus brazos? Había algo de todo aquello que no le encajaba con la actitud de Sophie, la chica curiosa que conocía y que no parecía temer la posibilidad de irse a vivir al campo.

De modo que, cuando veinte minutos más tarde un hombre de mirada oscura, sonrisa lobuna y aspecto de tener muy poca paciencia llamó a la puerta de los Thomson, todos se sorprendieron ante su llegada, especialmente la señora de la casa.

—¿Quién has dicho que ha venido? —Parpadeó incrédula.

—Jack Gallard, señora. Así se ha presentado —añadió.

—Pero ¿cómo es posible...? —La señora Thomson se puso en pie de inmediato, casi a punto de derribar el té, mientras su hija pequeña abría los ojos sorprendida y se apresuraba a poner una excusa para subir a la primera

planta y avisar a su hermana.

Sophie llevaba todo el día en la cama, llorando.

Se había enterado de la noticia de su compromiso apenas una hora antes que el resto de la ciudad, porque, al parecer, su padre había visto oportuno cederle su mano en su nombre sin siquiera molestarse en pedir su opinión al respecto. Y, por supuesto, ella no quería casarse. Ya no solo porque no estaba enamorada de Samuel, sino porque, además, su hermana Anne sí que lo estaba y no imaginaba una decisión más desdichada que aquella para las dos.

—¡Sophie, Sophie levántate! —Annie entró corriendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó incorporándose.

—¡Jack está aquí! Ha venido a casa.

—No es posible... —gimió.

—Vaya si lo es. Y está armando un escándalo.

—¿Cómo dices? —Se puso en pie de un salto.

—Ha pedido ver a nuestro padre casi a gritos.

Sophie se dirigió como un autómatas hasta su armario y se puso por encima el vestido más sencillo que tenía antes de pedirle a su hermana que la ayudase a atarse los cierres de la espalda. Se recogió el pelo como pudo y se miró en el espejo. Tenía los ojos rojos de tanto llorar, igual que la nariz, de modo que parecía un payaso poco agraciado, pero le daba igual.

Bajó las escaleras a trompicones, corriendo como una loca.

—¿Qué está ocurriendo, Sophie? —bramó su madre.

—Madre, lo siento. Pero necesito... tengo que ver a Jack.

—Está en el despacho de tu padre. ¿Qué has hecho?

Su madre parecía a punto de echarse a llorar, pero, pese a todo, aunque no quería hacerle daño, Sophie era incapaz de arrepentirse de lo que había ocurrido. Porque, desde que se había encontrado con Jack Gallard más de un mes atrás en aquella terraza de la fiesta de máscaras, había sido incapaz de

olvidar su aroma, su sonrisa seductora y sus ojos oscuros. Pero, más allá de su apuesto físico, ella había terminado desarmada ante su interior.

Porque puede que él pensase de sí mismo que era el diablo y que gran parte de la ciudad también lo hiciese, pero ella sabía que no era cierto. Jack no era malo. Solo era un hombre que había pasado una infancia dura y que no soportaba las injusticias sociales.

—¿A dónde crees que vas? —Su madre la siguió enfadada.

—¡Jack! —lo llamó corriendo hacia el despacho.

Su hermana y la señora Thomson le seguían los pasos. Los criados estaban asustados ante la situación que se estaba viviendo en la casa, que era ciertamente insólita, sobre todo cuando ella empezó a aporrear la puerta hasta que su padre abrió malhumorado.

Al final, se vieron todos dentro del despacho.

—Anne, sube a tu habitación —le ordenó su madre.

—¡Pero quiero saber qué ocurre! —protestó.

—Eres demasiado joven. Obedece de inmediato.

Anne salió arrastrando los pies y Sophie se estremeció, porque, aunque entendía que no era la reunión apropiada para una chica que aún no había sido presentada en sociedad, no dejaba de ser su hermana, su mejor amiga y su mayor apoyo en aquello.

—Has deshonrado a esta familia —escupió su padre.

—Lo siento, papá, deja que te explique...

—Eres una vergüenza, Sophie.

—No le hables así —gruñó Jack.

—Tú mantente al margen si no quieres que esto termine en una tragedia —bramó su padre con la cara roja de cólera—. ¿Cómo te atreves a tocar a mi pequeña? ¿Cómo, en tu sano juicio, se te ocurrió ponerle tus sucias manos encima a una chica como ella?

Sophie notó que le escocían los ojos. El hombre que amaba tenía la mirada perdida, como si realmente se estuviese creyendo aquellas horribles palabras, cuando nadie la merecía más que él. Había intentado apartarlo de su lado en varias ocasiones, para empezar.

—¡Ya basta! —gritó Sophie—. Fui yo.

—Hija, mantente al margen —ordenó su madre.

—No. Fui yo la que lo sedujo, quería... quería estar con él...

—¡Por todos los santos! —bramó su padre sin dar crédito—. ¿Has perdido el juicio? ¿Y qué hacemos ahora, eh? Estás comprometida con Samuel Wellington, un hombre poderoso, un hombre de honor. ¡Por lo que más quieras! Ahora mismo podrías estar embarazada.

—No quiero casarme con Wellington.

—Pues ahora mismo es tu única opción. —Se giró hacia Jack, que tenía los puños y los dientes apretados mientras mantenía la mirada clavada en el suelo—. ¿Qué es lo que quieres a cambio de mantener la boca cerrada? ¿Dinero? ¿Invitaciones a fiestas exclusivas?

Thomson no se daba cuenta de que lo estaba ofendiendo al insinuar aquello. Jack sentía cómo el agujero en su pecho se iba haciendo más y más grande, apenas soportaba estar en la misma habitación que ese hombre que solo pensaba que podía comprarlo a cambio de aquellas tonterías. Alzó la barbilla y se fijó en la chica de cabello rubio y ojos claros que lloraba en un rincón. Las lágrimas caían por sus mejillas. Y había dicho que no quería casarse con Wellington, eso era lo único que él necesitaba para dar un paso al frente.

—Me casaré con ella —dijo alto y claro.

—¿Bromeas? Ya está comprometida.

—El compromiso puede romperse. Como bien has dicho —recalcó parándose muy cerca del señor Thomson—, ahora mismo podría estar

esperando un hijo mío. Es mi responsabilidad. Y la asumiré como cualquier otro hombre, ¿entendido?

El señor Thomson pareció sopesar sus opciones mientras su mujer se llevaba las manos a la cara, consternada, porque todos sus planes para que su hermosa hija mayor se casase con el duque acababan de irse a la basura una mañana cualquiera de viernes.

—Está bien. Es... es razonable... —cedió Thomson.

—No. No me casaré —los cortó Sophie entonces.

—¿Qué demonios pasa ahora? —gritó su padre.

Jack miró desconcertado a la muchacha y frunció el ceño.

—¿Nos disculpa un momento a solas? Su hija y yo tenemos que aclarar ciertos detalles sobre este asunto.

La señora Thomson dudó, pero su marido la empujó de inmediato hasta la puerta de salida. Tras valorar todas sus opciones, el hombre se había dado cuenta rápidamente que no podría sobornar a Jack y, dentro de lo malo, era mejor que al menos contrajese matrimonio con ella antes de que airease los trapos sucios de lo ocurrido y Sophie se quedase sin marido y sin reputación, todo a la vez, y quién sabe si incluso esperando a un hijo.

Cuando se quedaron a solas, ella lo miró a los ojos.

—¿Por qué, maldita sea, no quieres casarte conmigo? —Sophie se quedó callada, incapaz de contestar ante su cercanía, mientras él daba un paso tras otro y la aprisionaba contra la pared del despacho—. ¿Te avergüenzas? ¿Es eso? ¿Preferías casarte con el duque...?

—No, claro que no. No pensaba hacerlo. Solo estaba esperando para verlo y explicarle las cosas. A mí tampoco me lo consultaron antes de comprometerme.

—Entonces, ¿qué te impide casarte conmigo?

—Eso no entraba en tus planes, Jack.

—Ya. Pero ahora sí. Es mi...

—Responsabilidad, ya lo sé.

—¿Cuál es el problema?

Sophie se mordió el labio inferior, aún con los ojos anegados de lágrimas. ¿Cómo explicarle a aquel hombre testarudo y peligroso que el problema era precisamente ese? Ella no quería que se casase tan solo porque se sentía responsable de lo que había ocurrido.

Cuadró los hombros y se armó de valor.

—El problema es que tú no me amas, Jack.

Él abrió los ojos en un primer instante, sorprendido, como si la palabra *amar* fuese un tanto agrisado y no esperase escucharla de los labios de la muchacha. Ella aprovechó ese momento para zafarse de él, pero Jack la cogió de la muñeca antes de que alcanzase la puerta.

—No seas estúpida, Sophie. Deja de comportarte como una niña.

Ella parpadeó para ver a través de las lágrimas su rostro borroso.

—Tranquilo, estaré bien. Puedes seguir siendo un hombre libre.

—Te dije que quería... te dije que tú... —Se ahogaba.

—Sí, me dijiste que podía ser tu amante. Lo escuché bien.

—Sé razonable, Sophie. No hagamos esto más difícil.

Pero ella negó con la cabeza una última vez antes de salir del despacho llorando y dejarlo allí solo. Jack sintió el impulso de romper todo lo que había a su alrededor, pero pensó que eso no ayudaría a calmar la relación ya tensa y nefasta con los Thomson.

Porque tú no me amas, Jack, le había dicho entre lágrimas.

Él había deseado decirle que sí, que la quería. Lo había tenido en la punta de la lengua, pero a la hora de soltarlo había dado un paso atrás, incapaz de afrontar aquel sentimiento que era tan nuevo para él que ni siquiera sabía cómo gestionarlo o qué hacer con ese cosquilleo que ella despertaba en él y el

sentimiento de protección y de posesión...

Salió del despacho y se encontró con el señor Thomson enfrente.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Habéis llegado a un acuerdo?

El hombre, debía reconocerle, parecía preocupado.

—No quiere casarse —admitió malhumorado.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó.

—No lo sé. A mí no me lo pregunte.

Y después de aquello salió furioso de allí, enfadado consigo mismo por ser incapaz de abrir su corazón como ella esperaba y enfadado con Sophie por ser tan poco razonable.

10

Sophie revisó su equipaje, aunque estaba tan cansada que en realidad apenas se fijaba en lo que veía. En aquel primer vistazo, pensó que tenía dentro de la maleta todo lo que podría necesitar durante los siguientes meses. No estaba segura de cuándo volvería.

Para empezar, el duque de Wellington había entrado en cólera cuando supo que su compromiso se había anulado. Decía que lo habían deshonrado y les prometió a los Thomson que pagarían por ello pese a las muchas disculpas por su parte y por la de sus padres. Ella le soltó a última hora que, quizá, si se hubiese molestado en preguntarle personalmente si deseaba casarse con él, no hubiese dado pie a malentendidos.

Samuel se marchó enfurecido y maldiciendo por lo bajo.

Todo lo contrario a Jack, que había desaparecido de su vida de una manera casi silenciosa. No sabía nada de él y tampoco se lo había visto aquella última semana en eventos ni en fiestas, por lo que su hermana había cotilleado entre sus amigas. Tras rechazar su oferta de matrimonio, no había vuelto a saber nada de él. Y lo entendía, aunque no podía evitar sentir la tristeza y la decepción en su corazón. Cuando le dijo aquello, encerrados en el despacho de su padre, el pulso se le había acelerado al pensar que quizás, solo quizás, cual milagro inesperado, él podría corresponder su amor. Si hubiese contestado que sí que la amaba, ella se habría lanzado a sus brazos sin pensar y habría sido la mujer más dichosa del mundo. Le daba igual la fama que tuviese o lo que otros pudiesen pensar. Lo quería.

Pero Jack no sentía lo mismo.

Ella lo supo desde la noche que hicieron el amor, cuando él le propuso ser

su amante y no su esposa, porque, ciertamente, los hombres como Jack Gallard, nunca se casaban. Eran solteros empedernidos, centrados en sus negocios, con unas vidas llenas de lujuria, dinero y diversión en las que no había cabida para noches en casa e hijos.

—Creo que estás cometiendo un terrible error —dijo Anne.

—Es mi decisión. Sé lo que hago y por qué lo hago.

—¿Marcharte arreglará tu vida? No.

—Al menos, me alejará del escándalo. Quizás pueda volver dentro de un tiempo, cuando ya nadie se acuerde de que rompí mi compromiso con Wellington y que se me relaciona con el diablo de Londres —dijo metiendo un par de libros en un hueco de la maleta.

—Huir nunca es la solución, Sophie.

—Lo es cuando no te queda nada más.

—Pero... él te quiere —insistió Anne.

Sophie puso los ojos en blanco. Su hermana pequeña era una romántica empedernida que no entendía que un hombre pudiese no amar a una mujer y acostarse con ella, por ejemplo.

—El deseo y el amor son cosas distintas, Anne.

—¿Y que me dices de que quiera casarse contigo?

—Lo entenderías si supieses que Jack no es en realidad tan malo como parece. Lejos de ser un hombre peligroso, tiene su propio honor. Estoy segura de que quiere protegerme y yo se lo agradezco, de veras que sí, pero no quiero atarlo a una vida que en realidad no desea.

Anne puso una mueca triste y suspiró hondo.

—¿Y qué me dices de mí? Me abandonas...

—No me digas eso, Anne. Ven aquí.

La abrazó con fuerza. Quería a esa pequeña más que a nadie en el mundo. Habían crecido juntas y habían compartido confidencias a lo largo de

su vida. Estar meses lejos de ella sería doloroso, pero Sophie sabía que también era la única manera de conseguir olvidar a Jack, alejarse del escándalo y pensar qué haría a partir de entonces durante el resto de su vida.

—Nos escribiremos sin parar —le prometió.

—Pero no será lo mismo —protestó Anne.

—Tendremos que conformarnos con eso.

Anne asintió sin estar demasiado convencida y después pasó la tarde con su hermana, porque sabía que partiría a la mañana siguiente y quería aprovechar a su lado cada minuto que les quedaba para estar juntas. Aunque, por desgracia, pasó demasiado rápido.

El día amaneció nublado. Anne fue testigo de cómo el cochero subía al carruaje el equipaje de su hermana y cómo esta se despedía de sus padres con una actitud distante y algo fría, porque por supuesto aún no le habían perdonado todo lo ocurrido y se mostraban más que decepcionados con ella. Anne, en cambio, la abrazó tan fuerte que temió hacerle daño.

—Te echaré de menos —le dijo entre lágrimas.

—Yo también a ti. Cuídate mucho.

—Te prometo que sí.

Después, el carruaje se alejó de la mansión de los Thomson y, a través de la ventanilla al correr la cortina, Sophie sollozó siendo testigo de cómo su vida, todo lo que conocía, quedaba atrás para siempre. Dolía a pesar de saber que estaba haciendo lo correcto.

11

Jack dejó la botella a un lado y gruñó algo por lo bajo.

—Estás perdiendo el norte, amigo —le dijo Sebastian.

—Esa chica, todo es culpa... de esa chica...

—No bebas más. —Le quitó la botella.

Sebastian se sentó en el otro extremo del sofá, sin saber que en esos momentos su amigo estaba mirando la gruesa alfombra delante de la chimenea y recordando el cuerpo desnudo de Sophie encima de ella, mientras él le hacía el amor y ella gemía de placer. Se tensó cuando la imagen lo sacudió. Deseaba aquello. Deseaba a Sophie en su cama todas las noches, pese a lo testaruda que era. Casi tanto como él. A veces le daba la impresión de que, pese a venir de dos entornos tan distintos, se parecían más de lo que estaban dispuestos a reconocer.

Eran curiosos, audaces y cabezotas, sí.

Era la mujer perfecta para él y la había dejado escapar en el momento clave. Solo tendría que haber dicho una palabra, una sola, y en esos momentos la tendría sentada en su regazo o hablándole de planes de boda. ¡Por Dios santo! Por primera vez en su vida a Jack la idea de casarse no le parecía como meterse en una jaula, sino casi todo lo contrario, como al fin poder respirar y ser él mismo con esa otra persona ante la que no tenía que esconderse.

—Con ella podía hablar... —susurró.

—¿Podías hablar de qué? —preguntó Sebastian.

—De todo. Nunca me juzgaba. Le conté nuestra infancia. Le conté que nos ganábamos la vida robando en las calles y consiguiendo dinero y comida de

dónde podíamos y ni siquiera se inmutó. Cualquiera otra de estas chicas que acuden a salones de baile hubiese huido despavorida, pero ella... Sophie me abrazó...

Sebastian suspiró. Hasta aquella última semana en la que había visto a su amigo destrozado por lo ocurrido, bebiendo más de la cuenta y encerrado en sí mismo, no había sido plenamente consciente de lo importante que era esa chica para él. Pero Jack no había estado dispuesto a hablar de lo ocurrido, así que aprovechó aquel momento para tirarle de la lengua.

—¿Y por qué no estás con ella?

—Porque la jodí. Eso ocurrió.

—¿Qué hiciste? —Sebastian lo miró.

—Me dijo que solo se casaría conmigo si la amaba.

—Bien. Es evidente que la amas, ¿cuál es el problema?

Jack sonrió sin humor y le arrebató la botella. Bebió un trago largo antes de fijar la vista en la pared del salón y contemplar el cuadro del león que a ella le había llamado la atención.

—El problema es que fui incapaz de decírselo. Me quedé callado como un idiota.

—Joder, Jack... —Sebastian resopló y le palmeó la espalda—. Pues tú verás, pero estás a tiempo de arreglarlo. Mírame, amigo. No pasa nada, te bloqueaste. Ve ahora y dile lo que sientes; eso no te hace menos hombre, al contrario. ¿A qué estás esperando?

—Tienes razón...

—Claro. Yo siempre tengo razón.

Sebastian sonrió mientras lo ayudaba a levantarse, pero, al comprobar el estado en el que estaba su amigo, logró convencerlo para que, mejor, descansase y fuese a buscarla al día siguiente. Jack apenas tardó cinco minutos en dormirse cuando tocó la cama.

A la mañana siguiente, al despertar, la cabeza le daba vueltas.

Llevaba días bebiendo y estaba hecho polvo, pero no se lo pensó dos veces antes de vestirse y salir de casa directo hacia la mansión de los Thomson. Una vez allí, casi aporreó la puerta a pesar de la mirada sorprendida de su lacayo. Le daba igual. De repente, necesitaba con urgencia ver a Sophie y decirle lo que sentía de verdad. Quería recuperarla.

El mayordomo abrió y lo invitó a esperar con tiento.

—No quiero esperar —gruñó—. ¿Dónde está Sophie?

—La señorita Sophie no se encuentra en casa...

—¿Quién vocifera así? —preguntó la señora Thomson asomando la cabeza en el vestíbulo y abriendo muchos los ojos al ver allí de nuevo a Jack Gallard—. ¿Qué desea ahora?

—Tengo que ver a Sophie —repitió impaciente.

—Pues me temo que llega tarde para eso.

—¿Por qué? ¿Cuándo volverá?

—Quizás dentro de meses o años, quién sabe, y todo gracias a usted, por supuesto —lo miró con desagrado—. Sophie ha decidido marcharse a América pese a nuestras protestas. Tenemos ahí unos parientes. El barco zarpa en dos días y su carruaje partió esta mañana.

—¡Maldición! —exclamó fuera de control.

Sentía que Sophie se le escapaba de las manos y lo peor de todo era que la había tenido cerca apenas una semana atrás y no había sido capaz de darle lo que quería.

—¿Sabe dónde podría encontrarla? —Era su última oportunidad.

Pero la señora Thomson negó con la cabeza antes de marcharse.

Jack salió de aquella casa con el corazón en un puño. No podía creerse que en dos días Sophie fuese a estar en otro continente, separada de él por un inmenso océano. La idea de no verla pronto lo removía por dentro y tenía un

nudo tan fuerte en la garganta que apenas podía respirar. Abrió la puerta del carruaje, aún sin creerse todo aquello, cuando escuchó una voz a su espalda. Se giró y vio que Anne, la hermana pequeña de Sophie, corría hacia él.

—¡Espera, Jack! —Jadeó al llegar a su altura—. Creo que sé dónde puedes encontrarla. Pasará esta noche en el hostel Hederson, el que queda cerca del valle. Quizá puedas alcanzarla si sales ya y rápido, porque te lleva unas horas de ventaja.

Jack parpadeó incrédulo, con la emoción surgiendo.

—¿Por qué haces esto? —preguntó por curiosidad.

—Porque sé que la quieres. Y ella te ama a ti.

Él asintió y le sonrió antes de subir al carruaje.

Le ordenó a su lacayo que fuesen lo más rápido posible y no hicieron ninguna parada ni siquiera a la hora de comer cuando le rugían las tripas. Mientras avanzaban por un camino que atravesaba los bosques tras dejar atrás la ciudad, Jack empezó a pensar en mil y una formas para confesarle lo que sentía. Ensayó monólogos enteros, en los que le aseguraba que ella era la única mujer que deseaba a su lado cada día. Era la verdad. Jack no se imaginaba riéndose con otra, bromeando ni haciendo el amor en su casa. Había sido la única mujer con la que había sentido la necesidad de compartir su espacio, su hogar, ese que él valoraba tantísimo después de haber carecido de uno propio y cómodo cuando era un niño.

Sin embargo, cuando llegó al hostel, olvidó todo lo que había pensado, porque lo único que ocupaba su cabeza era la urgente necesidad de encontrar a Sophie antes de que terminase alejándose de él en un barco hasta el otro lado del océano.

—¿Ha recibido a una señorita acompañada esta tarde?

El recepcionista lo miró sin demasiado humor y abrió el libro de cuentas mientras él resoplaba impaciente, cosa que no aceleró el proceso de

búsqueda.

—No me suena —dejó caer pensativo.

—Mírelo de nuevo —rugió enfadado.

—Ah, sí, aquí está. Thomson, eso es.

—¿Qué habitación? —preguntó.

—No puedo darle esa información.

—Si no me la da, le juro que haré que este lugar quede convertido en un montón de cenizas y, probablemente, usted termine dentro, ¿me ha entendido? Y sí, es una amenaza.

El hombre tragó saliva asustado y terminó diciéndole que estaba hospedada en la habitación número cinco, en la segunda planta. Jack apenas se quedó para terminarle escuchar decir aquella frase antes de subir las escaleras de dos en dos sin aliento. Cuando llegó a la puerta, llamó con los puños y gritó su nombre con impaciencia.

—¡Sophie, ábreme, soy yo! —pidió.

Ella, alarmada, se llevó una mano a la boca aún desnuda tras un baño caliente que se había dado después del largo viaje. Se cubrió mejor con la toalla y tembló al pensar que, ese hombre al que creyó que no volvería a ver y por el que había llorado sin cesar, estaba tras la puerta.

—No puedo —contestó nerviosa.

—Abre o te juro que la tiro abajo.

—¡Estoy desnuda! —confesó.

—No te creo, voy a tirarla...

Antes de que pudiese cometer una locura, Sophie abrió la puerta y sus ojos se encontraron y se miraron fijamente con las respiraciones entrecortadas. Le instó a que entrase dentro antes de cerrar rápidamente. Lo señaló, mordiéndose el labio.

—Eres un bruto testarudo, ¡te lo he dicho! Estaba desnuda.

Jack deslizó la mirada por sus piernas al descubierto y ascendió hasta el centro de su cuerpo tapado tan solo por una toalla que mantenía sujeta contra su pecho. Sonrió travieso. Ciertamente, pensaba que le estaba mintiendo, pero el resultado final era delicioso.

—Mejor, porque pienso hacerte el amor de todas las formas que conozco y, créeme, puedo llegar a ser muy imaginativo si me lo propongo y no hay tiempo que perder.

—¿A qué viene esto? ¿Qué haces aquí?

Sophie parpadeó para no echarse a llorar.

—Es evidente. He venido a buscar a mi futura esposa y a impedir que cometa una locura marchándose de un día para otro a un país desconocido solo porque no piensa detenidamente las cosas antes de decidirse a hacerlas, ¿no es cierto, Sophie?

—Lo he meditado concienzudamente —se defendió.

—No es cierto. ¿Y si estuvieses embarazada, por ejemplo?

—Tanto mejor para ti, dudo que quieras hacerte cargo de un bebé.

—Pensé que me conocerías mejor —susurró él de forma peligrosa, dando un paso hacia ella, que retrocedió en respuesta—. Jamás le daría la espalda a un hijo mío.

—Bien, porque puedes estar tranquilo en eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó contrariado.

—Me vino el periodo hace ya días.

De hecho, ya no lo tenía. Había ocurrido un día después de que ella decidiese que no se casaría con él por el mero hecho de que tuviese que cumplir una responsabilidad. En parte, se había sentido aliviada, pero no podía evitar también la decepción al saber que ya nunca podría tener un hijo de Jack, de ese hombre de ojos oscuros y sonrisa torcida.

Para su sorpresa, él puso una mueca extraña.

Casi como si la noticia lo entristeciese...

Pero eso era imposible, evidentemente.

—¿Qué es lo que quieres, Jack?

—Te quiero a ti, maldita seas. ¿Cómo puedes no darte cuenta? —rugió sosteniéndole las mejillas entre las manos y obligándola a mirarlo—. Te adoro. Me encanta todo de ti. Me vuelves loco. Has hecho que empiece a desear tantas cosas en mi vida que antes pensaba que nunca querría que no sabía cómo asimilar tantos sentimientos...

—Jack... —sollozó, nerviosa e incrédula.

—Pero te amo. Y quiero casarme contigo.

Sophie no pudo contener durante más tiempo sus emociones antes de lanzarse a sus brazos y rodearle el cuello con las manos. Lo abrazó y después él buscó su boca y la devoró, acariciándola con la lengua y degustando la sensación de saber que esa chica deslumbrante y lista y valiente era suya y solo suya. Pensó en el día que la conoció en la terraza y sonrió.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó ella.

—Tú. Que cuando te conocí jamás imaginé esto.

—Yo tampoco —admitió ella mientras él le quitaba la toalla de un tirón.

Ella se abrazó algo avergonzada, aunque así no lograba tapar su desnudez, y él empezó a desabrocharse los botones del chaleco que rápidamente terminó en el suelo junto al montón de ropa que lo siguió. La miró hambriento, con ganas.

—Esa noche, fuiste un soplo de aire fresco.

—Y tú un diablo de lo más simpático.

—Me gustó hablar contigo. Me gustó desde el primer día —reconoció al tiempo que la cargaba entre sus brazos y la dejaba encima de la cama—. Y ahora vamos a tener todo el tiempo del mundo para seguir haciéndolo. Eso y mucho más...

—¿Mucho más? —Alzó una ceja.

—Sexo salvaje y desenfrenado.

Sophie enrojeció y eso a él le hizo reír antes de besarla y acariciar la humedad entre sus piernas con los dedos. Después la penetró lentamente, memorizando la sensación de su cuerpo junto al de ella hasta que recordó que ahora la tenía para siempre, y entonces se movió más rápido, logrando que ella gimiese de placer y se aferrase a sus hombros antes de que los dos estallasen en un orgasmo arrollador que los dejó sin aliento.

Permanecieron abrazados largos minutos.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Me lo dijo tu hermana Anne —explicó.

—La adoro. —Sophie sonrió con los ojos.

—Es ciertamente adorable, sí —dijo él.

Se quedó tumbado en la cama junto a ella, acariciándole el contorno de un pecho con los dedos largos y masculinos mientras Sophie fruncía el ceño.

—Aunque me preocupa un poco —admitió.

—¿Le ocurre algo? —preguntó él interesado.

—Está enamorada. Y creo que no de la persona indicada.

—¿Qué persona es esa? —Quiso saber curioso.

—No te rías. —Lo miró—. Samuel Wellington.

—¿Bromeas? —exclamó—. ¿Qué significa eso?

—Antes de que pienses algo inapropiado, la razón por la que no quise casarme con Samuel no fue tan solo porque mi hermana estuviese enamorada de él, sino porque yo no lo estaba. Antes de saber lo de Anne, ya odiaba la idea de terminar en un matrimonio sin amor...

Jack le acarició la frente y le apartó algunos cabellos.

—Ya encontraremos un pretendiente adecuado para Anne.

—Eso espero. Pero mientras tanto... tú y yo deberíamos recuperar el

tiempo perdido —dijo ella antes de trepar sobre el cuerpo atlético de él y sentarse a horcajadas—. ¿No crees?

—Por fin estamos de acuerdo en algo. —Jack sonrió perverso.

Epílogo

Jack no podía dejar de mirar a la preciosa mujer que dormitaba entre las sábanas de su cama a pesar de que el sol de la mañana ya entraba en la habitación. Y no solo a ella, sus ojos también estaban fijos en la pequeña bolita cubierta por mantas que estaba junto al cuerpo de Sophie. Aunque las niñeras se habían mostrado casi ofendidas por aquella idea, su mujer se había empeñado en llevarse a la niña a la estancia que compartían al ver que anoche no dejaba de llorar y que solo parecía calmarse en compañía de sus padres.

Él se inclinó y, sin hacer ruido, cogió al bebé en brazos.

Lo meció con cuidado. Era una niña preciosa a la que habían llamado Susie. Tenía el cabello oscuro como el de él y los ojos azules de su madre; era una mezcla perfecta entre los dos y a Jack le resultaba fascinante mirarla porque le recordaba todo lo que había logrado hasta entonces. Él había estado equivocado. Demostrarles a todos esos esnobs que podía tener las mismas riquezas que ellos y conquistar su ciudad no era ni la mitad de satisfactorio que ser padre y esposo, sabiendo que cada día al llegar a casa aquel hogar estaría lleno de risas, voces y, claro, también llantos de la pequeña. Ya no hubo más noches llenas de silencios ni él volvió a sentirse solo entre tantas paredes y tanto lujo. De hecho, por decisión de Sophie, aquel año había donado el triple de lo que solía donar a varios orfanatos de la ciudad y, juntos, estaban valorando la posibilidad de construir uno más, un lugar en el que los niños como él pudiesen vivir su infancia sin pasar ni hambre ni frío ni enfermedades.

Se acercó hasta la ventana y sonrió viendo cómo la pequeña se llevaba los puños a la boca y se reía con esa sonrisa tan parecida a la de su madre.

—¿Se ha despertado? —preguntó Sophie cansada.

—Sí, tú sigue durmiendo un poco más.

—Pero tendrá hambre...

—Te despertaré si llora.

Sophie sonrió y, a pesar de su insistencia, terminó poniéndose en pie y anudándose una bata a la cintura. Se acercó hasta ellos y se puso de puntillas para darle un beso a Jack en los labios y otro en la frente a la pequeña. Él las miró y sonrió.

—¿Sabes que me has hecho el hombre más feliz del mundo?

—¿Y por qué piensas en eso ahora? —Se rio nerviosa.

—Porque no podía parar de darle vueltas al levantarme esta mañana y veros ahí en la cama, durmiendo juntas. Las chicas más preciosas del mundo —murmuró—. Mis chicas.

—Eso es verdad. Somos tus chicas.

—Siempre —añadió él besándola.

—Siempre, Jack —concedió.

Fin

Más delante...

Seduciendo al duque

Serie Seduciendo #2

Samuel Wellington planea vengarse de la familia Thomson casándose con su hija menor después de un malentendido ocurrido un año atrás. El duque es un hombre orgulloso, poderoso y está obsesionado con la idea de mantener su honor intacto. Lo que no sabe es que para Anne aquello no es precisamente un castigo, puesto que lleva enamorada de él desde que lo vio por primera vez. Unidos por un matrimonio en el que Samuel piensa que lo menos importante parece ser el amor, ¿conseguirá Anne seducir al duque...?

Todas las de la serie Magazine...



Ya a la venta...

“La promesa de un beso” (ya a la venta)

Katie Wilson, la chica bonita de Sound River, se marchó del pueblo que la había visto crecer sin despedirse de sus dos mejores amigas y dejándole a su novio, James Faith, una corta nota pidiéndole perdón y el corazón destrozado.

Ahora, ocho años después y sin ningún otro lugar al que poder ir, ha regresado con los bolsillos vacíos. Las habladurías en el pueblo se han desatado y a pesar de que nadie sabe por qué se fue de allí, todos la juzgan. Especialmente James, que ahora es el dueño del rancho de los Faith, y que lo único que parece sentir por ella es rencor y ganas de vengarse. ¿Conseguirá Katie que las personas que amaba vuelvan a confiar en ella? ¿Logrará conquistar de nuevo el duro corazón de James?



“La distancia entre dos besos” (ya a la venta)

Amber Faith trabaja como administrativa en el rancho de su familia y siempre ha sido una chica protectora, leal y con mucho carácter. Un carácter que se vuelve explosivo cada vez que se cruza con Ezra, el dueño del único taller mecánico del pueblo. Él tiene un humor de perros y parece odiarla desde que, meses atrás, ella tropezó y le tiró encima un café.

Sin embargo, a pesar de tener que aguantar sus caras largas, Amber necesita que le arregle el coche. Lo que no sabe es que Ezra esconde mucho más de lo que muestra y que, si no protege bien su corazón, puede que termine entregandoselo. ¿Será capaz de resistir la tentación?



“Solo un beso para encontrarte”

Cuando Hollie Stinger era una niña, tuvo que soportar las burlas constantes de sus compañeros de clase porque era tímida, además de llevar gafas y aparato. Logan Quinn era uno de los cabecillas del grupo que siempre se metía con ella y, por desgracia, ha decidido volver a Sound River, el pequeño pueblo donde ambos crecieron.

Logan, el chico malo por excelencia, está de vuelta. Y una de las últimas cosas que esperaba al pisar de nuevo aquel lugar era descubrir que, durante su ausencia, Hollie había dejado de ser un patito feo para convertirse en un cisne. Broma del destino o no, sus caminos parecen cruzarse. ¿Conseguirá Logan conquistar el corazón de Hollie? ¿Puede ella fiarse de él...?



“El amor está en el aire”

“¿Puede un flechazo en las alturas cambiar el destino de dos personas?”

El día que Lauren descubre que su novio le es infiel, decide tomarse un descanso e irse de vacaciones junto a su mejor amiga. Está cansada de ser una kamikaze emocional en el amor, pero, cuando se toma dos mojitos de más en el avión para calmar su miedo a volar, su lado más impulsivo vuelve a salir a flote. Y, sin ser consciente de lo que hace, termina metida en la cabina del piloto, el guapo Allan Parker, que, desconcertado, no puede dar crédito a lo que está ocurriendo en pleno vuelo... ni tampoco apartar los ojos de ella.



“Alguien que no esperas”

Patrick y Maya son amigos desde niños, a pesar de sus muchas diferencias. Él está acostumbrado a la popularidad en el instituto y a ser el centro de todas las miradas. Ella, por el contrario, es poco dada a ir a fiestas y está muy centrada en sus estudios. Pero, cuando están a solas, encajan de un modo perfecto.

Sin embargo, años después los dos han cambiado y cuando se reencuentran de nuevo al terminar la universidad en el pueblo donde crecieron juntos, Patrick descubre que Maya va a casarse. En teoría la noticia debería haberlo hecho feliz, pero no es así, ¿qué es lo que está ocurriendo?, ¿siguen siendo solo amigos...?



